

México $14.00

Carole Mortimer

COMPROMISOS FAMILIARES

Compromisos Familiares

Carole Mortimer

1º Serie Primos Solteros

Compromisos Familiares (2002)
Título Original: To Marry McKenzie
Serie: Primos Solteros Nº 1
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca N°1372
Género: **Contemporáneo**
Protagonistas: Logan McKenzie y Darcy

Argumento:

Logan McKenzie creía saber lo suficiente del matrimonio como para estar seguro de que no era para él. Le gustaba su vida tal y como era; sin ninguna sorpresa.

Fue entonces cuando se enteró de que su madre estaba a punto de casarse por tercera vez. En cualquier otro momento aquello no le habría preocupado lo más mínimo, pero cuando se enteró de que aquel matrimonio iba a hacer sufrir a Darcy, la guapísima mujer que iba a convertirse en su hermanastra, decidió hacer algo al respecto. Pronto se encontró intentando evitar el matrimonio de su madre y tratando de no enamorarse de Darcy...

El matrimonio no era para él

Capítulo 1

HUBO un sonido de cristales rotos.

— ¡Maldición! —siguió una voz femenina.

Logan levantó la vista de la carta que estaba firmando.

— ¿Qué...?

El mismo ruido volvió a sonar.

— ¡Maldición y maldición!

Logan dejó la pluma sobre la mesa y se dirigió hacia el lugar de donde procedía aquello: la sala de reuniones anexa a su despacho.

Él y un par de asociados habían estado allí discutiendo unos contratos mientras comían. La mesa estaba todavía llena de restos de comida, pero no parecía haber nadie en la habitación.

—Maldición y maldición y maldición —dijo una voz impaciente —. Ahora tendré que reemplazar esos dos vasos. ¡Ay! —la última onomatopeya fue una expresión de dolor.

Cada vez más intrigado, Logan rodeó la mesa hasta dar con una cabeza toda cubierta de pelo rojo. El misterio estaba resuelto: era la camarera que les había servido, una empleada del chef Simon. Logan no le había prestado mucha atención durante la comida, centrado como estaba en su discusión de negocios.

La chica se miró con el ceño fruncido la mano manchada de sangre.

— ¿Se ha cortado? —le preguntó Logan.

La chica se levantó a toda prisa, sobresaltada, golpeando por tercera vez un vaso de cristal y lanzándolo por los aires.

Logan se las arregló para cazarlo al vuelo y volverlo a dejar en su sitio.

—Mejor evitar que sean tres los que tenga que comprar —murmuró él y extendió la mano para agarrar la de ella—. ¿Es un corte profundo?

La chica retiró el brazo y se lo escondió detrás de la espalda.

—Siento haberlo molestado, señor McKenzie —dijo ella—. Estaba recogiendo y se me han caído dos vasos. Y... y...

Fuera lo que fuera lo que iba a decir se vio disuelto en un mar de lágrimas.

Logan se apartó de la chica atemorizado por aquel desatinado

despliegue de emociones.

—Dos vasos no son para ponerse así. Seguro que el chef Simon no es un ogro tan terrible.

Logan llevaba un año trabajando con aquella compañía de catering, y no tenía la impresión de que el chef Simon fuera un hombre particularmente difícil.

Claro que no había visto a aquella chica antes, por lo que pensaba que, quizás, fuera nueva y temiera perder su trabajo.

—Puede decirle a su jefe que los he roto yo —dijo él en un intento de consolarla. No soportaba ver a las mujeres llorar.

Hacía solo un par de semanas había tenido que soportar el llanto rabioso y desesperado de Gloria, que se había tomado muy mal la noticia del final de su relación. Incluso le había lanzado un jarrón a la cabeza.

—No podría hacer eso —dijo la chica—. Se los pondría en la cuenta y eso no sería justo.

«Justo» no era una palabra que Logan oía muy a menudo, ni en los negocios ni en su vida personal. Además, el coste de un par de vasos no iba a arruinar a su multimillonaria compañía.

La chica se pasó la mano para quitarse las lágrimas y, sin darse cuenta, dejó un reguero de sangre sobre su rostro.

— ¡Maldición! —murmuró frustrada al darse cuenta de lo que había hecho. Comenzó a rebuscarse en los bolsillos tratando de encontrar un pañuelo. No tuvo mucho éxito.

—Te gusta esa palabra, ¿verdad? —murmuró Logan y se detuvo a observarla por primera vez.

Era muy pequeña, apenas si le llegaba a la altura del hombro. Llevaba unos pantalones negros y una blusa color crema que enfatizaba su pelo rojo y largo. A primera vista parecía tener el rostro lleno de pecas, pero al mirarla con más detenimiento se observaba que solo tenía en las mejillas y en la nariz. Sus ojos eran grandes y grises, con espesas pestañas.

De pronto, la chica sonrió y la idea que se había hecho de que la mucha-cha no tenía ningún atractivo especial, cambió por completo. Cuando sonreía, sus ojos se volvían luminosos, unos atractivos hoyuelos aparecían

en sus mejillas y sus dientes blancos resaltaban haciendo de la suya una boca de ensueño.

Logan la miró confuso. Se había quedado sin respiración.

—Es una expresión mejor que otras —dijo ella—. Le agradezco mucho su oferta respecto a los vasos, pero, la verdad es que no son un motivo para ponerse así.

—Entonces, ¿por qué lloraba? —le preguntó Logan repentinamente furioso por el efecto que aquella mujer tenía en él.

La sonrisa se desvaneció de su rostro y la confusión de Logan creció. ¡Aquella chica era de lo más vulgar! ¿Qué demonios había visto en ella?

Ella lo miraba con un gesto de reproche.

—Me... me he cortado.

—Pero ya no sangra —dijo—. Y además no parece muy serio.

Decidió, de pronto, que ya había malgastado demasiado tiempo en aquella estúpida situación.

—Mi secretaria le traerá una tirita. Mientras tanto, le sugeriría que se enjuagara el dedo y la cara —le recomendó, mirando nerviosamente a la sangre que manchaba su rostro.

Ella se llevó la mano a la mejilla.

—Ya le he pedido disculpas por haberlo molestado —ella frunció el ceño como si estuviera a punto de echarse a llorar otra vez.

— ¿Cómo se llama?

—Darcy.

—Pues bien, señorita Darcy...

—Darcy es mi nombre, no mi apellido —lo corrigió ella, gimoteando.

¡Cielo santo, iba a llorar de nuevo! Darcy era, además, un nombre de chico.

—Su padre quería un niño, ¿verdad? —murmuró él con sorna.

—Lo que quería y lo que obtuvo son dos cosas completamente distintas.

—Eso suele ocurrir cuando hay mujeres por medio —dijo Logan.

Darcy lo miró fijamente.

— ¿Está usted casado, señor McKenzie?

A Logan le sorprendió la pregunta.

—Pues no —respondió.

Ella asintió, dando a entender que se lo había imaginado.

—Las mujeres generalmente responden de un modo u otro según el carácter del hombre con el que están. Por ejemplo...

—Darcy, según creo está aquí para servir comidas no para psicoanalizar a su cliente —la cortó Logan.

Hasta hacía unos minutos se había sentido muy complacido con cómo habían transcurrido las cosas aquel día. Pero, de pronto, todo se había estropeado. Su paz interior se había transformado en un creciente deseo de estrangular a aquella mujer.

Darcy lo miró confusa.

—Lo siento… Yo… yo no sé qué me pasa hoy —una vez más hundió el rostro entre las manos y se echó a llorar.

Logan, totalmente desconcertado, se aproximó y la tomó en sus brazos.

— ¡Por favor, deje de llorar!

La sintió muy pequeña al apretarla contra su poderoso torso. Su pelo era suave como la seda, sus hombros frágiles. Tenía la sensación de estar abrazando a un pequeño pajarillo…

¿Qué demonios estaba haciendo? ¡Aquella no era más que una camarera que había ido allí a servirle la comida! Cualquiera podía entrar en aquel momento y mal interpretar lo que estaba sucediendo.

Se removió incómodo.

—Darcy…

Su única respuesta fue hundir aún más el rostro en el pecho de él.

Logan se sintió totalmente desconcertado y empezó a pensar que lo mejor sería que llegara alguien y los interrumpiera, sin importarle su interpretación de los hechos.

—Tome —dijo Logan y se sacó un pañuelo blanco del bolsillo de la camisa.

Ella se apartó ligeramente de él para sonarse la nariz.

Al verla pensó que no le extrañaba que las mujeres generalmente no lloraran en su presencia; se ponían espantosas. Desde luego, Darcy lo estaba.

—De verdad que lo siento —le dijo ella con inmensa tristeza y los ojos y las mejillas enrojecidos—. Es que esta misma mañana he recibido una mala noticia. No suelo llorar delante de extraños, se lo aseguro.

La muchacha trató de sonreír y Logan respondió con un esbozo de mueca.

—No se preocupe. Tampoco yo soy perfecto —bromeó él, preguntándose qué tipo de noticia puede recibir una joven para que la deje reducida a aquello—. Si puedo ayudarla en algo… —Logan se sorprendió ante su inesperado interés por los problemas de una extraña.

Logan procedía de una enorme familia escocesa, con un abuelo, una madre, un par de tías y varios primos. Por eso mismo le resultaba fácil distanciarse de los innumerables problemas que surgían continuamente. Para eso, precisamente, pasaba la mayor parte de su tiempo en su apartamento de Londres.

Por qué mostraba aquel repentino interés por una extraña era todo un misterio. Encima, la chica en cuestión le había dejado toda la camisa manchada de sangre.

Se sintió francamente irritado, porque, encima, no parecía dispuesta a contarle qué era lo que la perturbaba.

—Cuando se comparte un problema, ya no resulta tan grave —dijo él.

—Dudo que pueda interesarle —dijo ella.

—Pruebe a ver qué pasa —respondió Logan.

Darcy se encogió de hombros.

—Es que… No, realmente no puedo —dijo firmemente—. A Da… quiero decir al chef Simon no le gustaría que hablara de su vida personal con un cliente.

¿El chef Simon? ¿El problema tenía que ver con Daniel Simon? Aquella chica había estado a punto de citarlo por su nombre. ¿Significaba eso que había entre ella y ese hombre una relación más personal que la de empleada y jefe?

¿Daniel Simon tenía algo con aquella chica? Logan no pudo ocultar su sorpresa. La mujer parecía tener veinte años escasos. El hombre debía de

andar por los cincuenta y tantos. Otoño y primavera. Tampoco resultaba tan extraño, pero no se le había ocurrido pensarlo. La verdad era que no se había puesto a pensar en absoluto sobre la vida privada del chef Simon.

¡Y visto lo visto, prefería no hacerlo!

—Sí, probablemente tenga usted razón. Le enviaré a Karen para que le dé una tirita —añadió antes de darse la vuelta, dispuesto a salir.

—Señor McKenzie…

Él se detuvo.

— ¿Sí, Darcy?

—Gracias —dijo, con una de esas sonrisas devastadoras para él y provocándole aquel extraño efecto. Cuanto antes saliera de allí, mejor.

—De nada —respondió él y se escapó a toda prisa hacia su oficina.

¿Escaparse? ¿De aquella chica? Era ridículo.

Aunque ya había tenido suficiente llanto de mujer para un solo día y, encima, se había quedado sin una de sus mejores camisas de seda.

+ + +

¿Qué habría pensado el señor McKenzie de ella?

Había intentado con todas sus fuerzas mantener la calma durante toda la mañana y concentrarse en servir la comida a su cliente.

Pero no había sido capaz de controlar todos aquellos pensamientos caóticos que se le habían venido encima cuando se había puesto a recoger. Al tirar aquellos dos vasos se había colmado la taza de la contención y todo se le había caído encima.

A pesar de todo, no debería haber llorado sobre la impecable camisa de Logan McKenzie. ¡Dudaba mucho que lograra quitar aquellas manchas de sangre!

Todavía tenía su pañuelo en la mano. Claro que no se lo podía dar en aquellas condiciones. Tampoco es que pensara que Logan McKenzie fuera a echar de menos algo tan insignificante. Pero era una cuestión de principios devolverle lo que era suyo.

—Ya estoy aquí —dijo la brillante voz femenina de Karen Hill, secretaria de Logan McKenzie, mientras dejaba el desinfectante y las tiritas en la mesa—. Logan me ha dicho que has tenido un accidente.

—No es nada —respondió ella—. Una tirita será suficiente —ciertamente el corte ya no sangraba. Era más bien su orgullo el que estaba herido, después de lo que había hecho delante de aquel

hombre—. Gracias —dijo cuando recibió la tirita—. ¿Tiene usted idea de la talla de camisa que usa el señor Logan?

La secretaria levantó las cejas sorprendida.

— ¿Su talla de camisa?

Acababa de cometer otro nuevo error. Si realmente quería averiguar la talla de Logan McKenzie tendría que buscar otro modo de descubrirla.

—No importa —le dijo a la mujer, tratando de evitar su mirada interrogante—. Terminaré de recoger aquí.

—Bien —respondió la secretaria distraídamente, todavía confusa por la pregunta de Darcy.

En cuanto se quedó sola limpió a toda prisa, ansiosa por salir de allí,

Pero, por desgracia, volvió a encontrarse con Logan McKenzie a la salida, esperando al ascensor, mientras ella se peleaba con las dos inmensas cestas en las que había metido todo.

Al volverse y reconocer de quien se trataba, él frunció ceño.

A Darcy no la sorprendió.

—Hola —lo saludó ella.

—Hola —asintió él, mirando impaciente a las luces del ascensor.

Estaba ansioso por huir de ella y era patente. Seguramente le pediría a Daniel Simon que no volviera a enviársela jamás. Bueno, no tenía por qué preocuparse. Estaba allí solo porque era un día complicado y les faltaba personal.

El restaurante que Daniel Simon, había inaugurado en Londres hacía cinco años, había tenido tanto éxito que, en muchas ocasiones, los clientes le pedían que les preparara caterings para sus casas u oficinas. Por eso había abierto un segundo negocio especializado en aquel tipo de servicios.

En aquellos momentos, una parte de los empleados estaban de baja con gripe, por lo que Darcy había tenido que ocupar su puesto.

Después del desastre que había organizado, se arrepentía de no haber alegado tener un compromiso anterior.

—Permítame que la ayude —dijo Logan McKenzie en un tono impaciente.

Darcy lo miró sorprendida.

—Gracias —respondió—. Pero no hace falta.

Ella se aproximó para quitarle la cesta. Pero él no parecía

dispuesto a ceder.

—Déjeme —dijo él aún más impaciente.

El ascensor llegó en aquel momento y él se apartó para que ella pasara primero.

Darcy así lo hizo y pulsó el botón de la planta baja.

Por un momento, se permitió observarlo.

Debía de tener unos treinta y cinco años. Era muy atractivo, a pesar de su aire austero y arrogante. Tenía el pelo oscuro y liso, y lo llevaba muy corto. Sus ojos tenía el color azul del Mediterráneo. Alto y musculoso, tenía más aspecto de granjero que de ejecutivo, aunque reconocía que le quedaba muy bien el traje y la camisa de seda.

Camisa de seda...

De pronto recordó de nuevo las manchas en su impoluta tela blanca. Dudaba que consiguiera quitarlas.

Darcy se sintió aliviada cuando el ascensor llegó a su destino. El silencio que se había creado entre ellos le estaba resultando muy desagradable.

—Gracias —dijo ella y tomó la cesta que él había agarrado, quedándose en el ascensor.

— ¿Dónde se baja usted?

—En el sótano —respondió ella.

—En tal caso —él volvió a entrar en el ascensor.

—No es necesario —le dijo Darcy una vez más, realmente sorprendida al ver que el propietario de aquella inmensa empresa multinacional se dignaba a ayudarla.

—Claro que lo es. Una mujer tan frágil como usted no debería estar llevando cestas tan pesadas. Y, si no me equivoco, solo estaba usted sirviendo hoy.

—Sí —dijo Darcy, quedándose con las ganas de protestar por haber sido llamada «frágil»—. Resulta que hoy nos hemos quedado cortos de personal y como verá...

—Yo no veo nada —dijo Logan interrumpiéndola, mientras salían del ascensor al aparcamiento de McKenzie Industries—. Aunque estén cortos de personal no puede pretenderse que todo lo haga usted. Eso es algo que le diré al señor Simon en cuanto tenga oportunidad.

— ¡No, por favor, no haga eso! —dijo Darcy dejando de cargar

la furgoneta durante unos segundos—. ¿Tiene alguna queja con respecto a la comida?

—No —respondió él.

—Entonces no ha habido ningún problema, ¿verdad?

Él la miró pensativo.

— ¿Sabe, Darcy? Si no le tuviera tanto miedo a Daniel Simon, no estaría tan obsesionada con agradarlo.

Darcy lo miró, pero las luces de un coche la deslumbraron y no pudo distinguir la expresión que él tenía claramente. Así que se quedó sin entender a qué se refería.

—Bueno, no ha sido más que una comida informal después de todo —dijo ella cerrando la puerta trasera de la furgoneta.

—No me estaba refiriendo a la comida en sí —dijo él.

Entonces, ¿de qué estaba hablando?

Bueno, tenía que admitir que ella podría haber recogido los restos del catering con un poco más de discreción.

Logan McKenzie respondió al gesto desconcertado de ella.

—Lo único que estoy haciendo es ofrecerle un consejo desde el punto de vista masculino, Darcy —respondió él—. Depende de usted aceptarlo o no.

Terminó abruptamente como si estuviera impaciente por irse.

—Pues… gracias —farfulló Darcy, aún sin tener ni idea de a qué se estaba refiriendo.

Logan McKenzie asintió antes de darse la vuelta y dirigirse al ascensor.

Era un hombre extraño. Pasaba de la amabilidad a la impaciencia sin motivo aparente y en cuestión de segundos. Luego, sin saber por qué, le ofrecía un paternal consejo.

Aunque la verdad era que Logan McKenzie no era un motivo de preocupación.

Su verdadero problema era Daniel Simon y la noticia que le había dado aquella misma mañana: que tenía intención de casarse con una mujer que había conocido hacía tan solo tres semanas.

Capítulo 2

ACABAN de enviarte esto —le dijo a Logan su secretaria antes de dejar un paquete sobre su escritorio.

Logan la miró con el ceño fruncido y dejó la pluma con la que había estado marcando el documento que tenía entre manos.

— ¿Qué es? —preguntó él.

—No tengo ni idea —respondió su competente secretaria—. No lo he abierto. Se supone que es personal.

Logan hizo una mueca.

— ¿Así que no has comprobado si es una bomba o algo peor? —preguntó él.

La secretaría hizo una mueca.

—Lo ha traído una reputada empresa de mensajería —respondió ella no sin cierta sorna.

—Eso no es garantía.

Karen se rio.

— ¡Vamos, Logan! Vive peligrosamente por una vez y ábrelo.

El frunció el ceño ligeramente ante la expresión «por una vez». Quizás su vida pareciera demasiado predecible vista desde fuera, pero así era como a él le gustaba. Había tenido demasiadas escenas dolorosas y emocionales en su infancia, como para tener que soportar nada semejante en su edad adulta.

Miró el paquete, lo agarró y buscó un remitente. No había.

— ¿Ha dicho el mensajero de parte de quién venía?

—No —respondió Karen—. Pero, si realmente temes que pueda ser una bomba, ¿quieres que llame a Gerard y le pida que se lo lleve al almacén?

—No, no —dijo secamente.

— ¿Vas a abrirlo?

Logan se apoyó en el respaldo del sillón y comenzó a despegar metódica-mente el papel, pasando luego a abrir la caja y a retirar el papel de seda que cubría su contenido.

Miró desconcertado a la camisa y al pañuelo que venían dentro.

— ¿Qué demonios...?

Karen que no había perdido detalle susurró algo entre dientes.

—Claro, para eso quería saber tu talla...

Logan la miró.

— ¿Quién?

No había acabado de formular la pregunta cuando ya se había imaginado de quién se trataba. La camisa de seda, por la etiqueta que llevaba, podría haber sido un extravagante regalo de cualquier mujer. Pero el pañuelo perfectamente limpio y planchado era el que él mismo le había dado a Darcy.

Aunque le parecía bien que le devolviera el pañuelo, no le parecía adecua-do que le hubiera comprado una camisa blanca de seda. ¡La muchacha era una camarera y él sabía lo que una prenda como aquella costaba!

Miró al reloj. Eran las dos y media. El restaurante estaría todavía abierto. Miró a Karen.

—Llama al restaurante del chef Simon y me pasas la llamada.

—Por supuesto —dijo la secretaria—. No seas muy duro con ella, ¿de acuerdo? Parecía muy dulce y...

—Llama de una vez, Karen —dijo Logan con impaciencia. Lo último que necesitaba era que su secretaria pensara que a Darcy le gustaba su jefe.

Sabía exactamente que lo de la camisa no tenía que ver con él, sino con lo que la muchacha sentía por Daniel Simon. No quería arriesgarse a tener un conflicto con él por causa de su trabajo.

Karen le pasó el teléfono en cuanto respondieron.

—Casa Simon, ¿en qué puedo ayudarlo?

Logan apretó el teléfono furioso. Estaba indignado por las acciones de Darcy, pero no tenía sentido que se enfadara con alguien totalmente ajeno.

—Querría hablar con Darcy —dijo él, dándose cuenta de que ni siquiera sabía el apellido de aquella chica.

— ¿Darcy? —respondió la voz desconcertada—. No estoy segura de que tengamos una clienta que se llame así, pero voy a comprobarlo. Si no le importa...

—No se trata de una clienta, sino de alguien que trabaja allí —dijo él con cierta brusquedad.

—No estoy segura... Un momento, por favor.

Logan oyó unos murmullos en el fondo y comenzó a dar unos impacientes golpecitos sobre la mesa, mientras miraba la caja que

contenía la camisa.

—Siento la demora —dijo finalmente la muchacha—. Al parecer, Darcy vendrá esta noche.

— ¿A qué hora?

—Generalmente llega a las ocho...

—Resérveme una mesa a esa hora —la interrumpió Logan—. A nombre de McKenzie. Para uno.

—Muy bien, señor. ¿Quiere que se lo diga a Darcy?

—¡No! Quiero que sea... una sorpresa —dijo él.

—Sí, señor —aceptó la mujer—. Así que reservo una mesa para uno a nombre de McKenzie. Lo esperamos, buenas tardes.

Logan colgó, se apoyó sobre el respaldo de su silla y sonrió.

+ + +

Horas más tarde, en su apartamento, se sorprendió a sí mismo tarareando alegremente mientras se preparaba para la cena. ¿Por qué? ¿Era, acaso, porque iba a ver a Darcy otra vez?

No podía ser.

En ese momento, sonó el teléfono. Lo miró indeciso. Eran las siete y media. Si quería llegar al restaurante a las ocho, tenía que marcharse ya. Pero el teléfono repiqueteaba insistentemente y no tuvo más remedio que responder.

— ¿Sí? —contestó impaciente.

—Buenas noches, primo —dijo Fergus.

— ¿Dónde estás? —le preguntó Logan—. Tengo unos documentos que quiero que mires. No estás nunca cerca cuando te necesito...

—Logan, ya sabes que ya no trabajo como abogado. Solo atiendo a la fami-lia como un favor —lo interrumpió su primo—. El abuelo me necesitaba en Escocia para resolver unos asuntos, pero estoy de vuelta en Londres, así que...

— ¿Qué tipo de cosas? —le preguntó Logan. Su abuelo tenía por costumbre cambiar su testamento cada mes, dependiendo de quién fuera su favorito. A Logan no le preocupaba en exceso, pues era suficientemente rico sin la herencia del viejo McDonald. Pero su madre se pondría furiosa si le había vuelto a quitar algo y lo que temía era que él tendría que sufrir las consecuencias.

—Para eso, precisamente, te llamo —dijo Fergus.

—Estaba a punto de salir —le dijo Logan a su primo, mirando al reloj—. ¿El asunto no puede esperar hasta mañana?

—Sí, pero...

— ¿Pero?

—Pero preferiría que lo tratáramos hoy —dijo Fergus.

—De acuerdo —Logan suspiró pesadamente —. Tengo una mesa reservaba en Casa Simon a las ocho. Nos veremos allí.

— ¿En Casa Simón? —repitió Fergus—. Pero...

— ¿Hay algún problema?

—Bueno... no, supongo que no —respondió Fergus—. De hecho, probablemente es una buena idea... Tengo que cambiarme, pero llegaré enseguida.

Logan pensó que así tendría tiempo suficiente para solucionar el asunto de Darcy y la camisa de seda.

Sonrió una vez más ¡Iba a darle una sorpresa!

+ + +

—El hombre de la mesa once pregunta por Darcy —le dijo Katy que traía unos platos sucios a la cocina.

Darcy la miró.

— ¿Estás segura de que pregunta por mí?

—Eso es lo que ha dicho —Katy se encogió de hombros y agarró dos platos recién servidos para llevárselos a unos clientes.

Darcy sintió un cosquilleo en el estómago. No le gustaba nada que un cliente preguntara por ella.

—Será mejor que vayas a ver qué quiere —dijo Daniel Simon mientras hacía una salsa para la carne que estaba guisando.

Darcy lo miró de reojo y se quitó el delantal.

—«Mantén a los clientes contentos a cualquier precio», ese es tu lema, ¿verdad? —dijo ella con cierto sarcasmo.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, el límite para mí está en vender tu cuerpo. Pero todo lo demás sí —respondió él bromeando.

Darcy frunció el ceño.

—Muy gracioso —contestó—. ¿Te las podrás arreglar sin mí durante unos minutos?

Él sonrió.

—Supongo que sí —dijo—. Y, Darcy…

La llamó cuando estaba a punto de atravesar la puerta.

— ¿Sí? —se volvió ella con la barbilla apuntando arriba, desafiante.

Las cosas habían estado muy tensas entre ellos desde que Daniel le había dado cierta noticia el día anterior por la mañana.

—Sonríe —le aconsejó Daniel—. Los clientes lo prefieren.

Ella contuvo una mala respuesta y salió.

Se encaminó hacia la mesa y se quedó paralizada al ver que se trataba de Logan McKenzie. Y no tanto por ver quién era, pues se había imaginado que cuando recibiera la camisa y el pañuelo habría alguna respuesta por su parte, sino porque estaba realmente atractivo con aquel traje negro.

Trató de recomponerse y se dijo que, aunque fuera uno de los hombres más guapos que había visto jamás, seguramente ella no era, ni con mucho, la única que lo pensaba. Además, dudaba que hubiera ido hasta allí solo para hablar con ella. En el momento en que vio que la mesa estaba puesta para dos, tuvo la certeza de que no había sido para eso.

Estaba mirando por la ventana cuando ella se aproximó. Esperaba ansioso a su acompañante. Bien, eso significaría que su conversación sería breve.

—Señor McKenzie —lo saludó ella.

Él se volvió al oír su voz.

—Darcy —respondió él y se puso de pie—. Siéntese conmigo unos minutos. A menos que prefiera pasar la vergüenza de que le devuelva su regalo delante de todo el mundo

Darcy se sentó bruscamente, sin elegancia y no por temor a los ojos ajenos, sino por su insultante actitud.

— ¿Devolvérmelo?

—Sí, así es. ¿Cómo se le ha ocurrido…? —se detuvo de golpe y la observó—. No me gusta su pelo así, recogido y tirante. Hace que ese color cobrizo parezca marrón…

Darcy sonrió.

—Ese color cobrizo me ha torturado durante toda la vida. Cuando era niña me llamaban zanahoria en el colegio —le explicó ella.

—Los niños pueden ser realmente crueles —afirmó él—. Pero seguro que los hombres han sido capaces de apreciar más ese pelo desde que se ha hecho adulta.

No es que ella lo hubiera notado.

—Quizás —le concedió—. Señor McKenzie...

—Puedes tutearme. Llámame Logan —le dijo—. Es absurdo que seas tan formal con un hombre al que le has regalado una camisa cara, de la talla correcta, además.

Darcy se humedeció los labios.

—He tenido un poco de ayuda en eso —admitió ella. Pronto se había dado cuenta de que su padre era, aproximadamente, de la misma talla que él. El problema real había sido encontrar la tienda adecuada.

Logan la miró con frialdad.

—No voy a preguntar cómo ni quién le proporcionó la información.

Darcy lo miró realmente confusa.

—Si la camisa es de la talla adecuada y el color, obviamente, también, no entiendo por qué quieres devolverla.

— ¡No lo entiendes! —exclamó él—. Darcy no puedes ir por ahí regalándole camisas de seda a un extraño.

Ella sonrió y él la miró con desconfianza.

— ¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—Que precisamente acabas de decirme que te tutee, porque ya no eres un extraño —sonrió y sus ojos brillaron intensamente.

—Preferiría que no hicieras eso.

— ¿Hacer qué? —preguntó ella confusa.

—Sonreír.

No sabía cómo actuar, pues hiciera lo que hiciera estaba mal. Daniel le decía que sonriera a los clientes, porque lo preferían. Pero a aquel cliente en particular no le gustaba su sonrisa.

No tenía ni idea de por qué Logan no quería que sonriera, pero tampoco tenía interés en averiguarlo.

—Simon nos pide que seamos agradables y educados con nuestros clientes.

— ¿Y tú siempre haces lo que Simón dice?

En realidad estaba tan furiosa con Daniel que le daba igual lo que pensara o dijera.

Pero Logan había sido muy amable con ella el día anterior y se sentía en deuda con él.

— ¿Qué pensaría él de que te hayas gastado el sueldo de una semana como camarera en una camisa para un hombre al que acabas de conocer? —insistió Logan antes de que ella pudiera responder.

Ella no había visto las cosas desde aquella perspectiva. A pesar de todo, no veía la diferencia. Le había destrozado una prenda personal y consideraba que debía reponerla.

—Lo que trato de decir es que no tengo intención, alguna de contarle a Daniel Simon lo que ocurrió entre nosotros ayer...

— ¡No ocurrió nada entre nosotros ayer! —protestó Darcy en tono incrédulo y abrió los ojos. Su abrazo había sido totalmente platónico y no estaba dispuesta a permitirle que lo mal interpretara.

—Me refiero a que tu comportamiento fuera… poco profesional...

— ¡No fue poco profesional! —protestó ella.

—Darcy, quieres dejar de ser tan obtusa —dijo Logan—. Lo que trato de decirte es que no le comentaré nada a tu jefe sobre que te pusiera a llorar. Por eso, no tienes necesidad alguna die comprarme una camisa. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo o no?

—Perfectamente —respondió Darcy—. Tú piensas que te he comprado la camisa en un esfuerzo por persuadirte para que no le dijeras a mi jefe, que estuve llorando delante de un cliente ayer. ¿Es Así?

—Exacto —respondió Logan, contento de que finalmente hubiera entendido.

Aquel hombre era un arrogante.

—Siento haber llegado tarde —una voz masculina interrumpió la conversación—. He tenido problemas para encontrar un taxi.

Darcy levantó la vista y se sorprendió al ver a un hombre. Había pensado que Logan estaba esperando a una mujer.

Pero aún le sorprendió más apreciar el parecido que había entre los dos, suficiente como para que se les tomara por mellizos.

El recién llegado frunció el ceño al verla. La miró de arriba abajo, y Darcy pensó que se extrañaba de que su amigo estuviera con alguien como ella. No era su tipo, eso estaba claro.

—Debería haberme imaginado que no estarías solo, Logan —dijo

el recién llegado.

—Sí, sí lo está —dijo Darcy levantándose—. Ahora, si me disculpan. Tengo que volver a la cocina.

Logan se levantó bruscamente.

— ¡Darcy! —ella se detuvo y se volvió hacia él—. No hemos terminado la conversación.

—Yo creo que sí —dijo ella con cierta amargura y mirando con desprecio a la mano que le sujetaba el brazo—. Estás llamando la atención.

—Me importa un rábano —dijo él—. No he terminado de hablar contigo...

— ¿Quieres que me vaya, Logan?

—Cállate, Fergus —respondió él, con la mirada fija en la de Darcy—. Darcy, yo...

— ¿Darcy? —repitió Fergus—. ¿Has dicho Darcy?

Una incisiva mirada hacia la muchacha acompañó a la pregunta.

—Te he dicho que te quedes fuera de esto, Fergus —dijo Logan una vez más—. Siéntate en la mesa y yo volveré enseguida.

Sin esperar la respuesta del otro hombre, se llevó a Darcy a otro lado de la sala, detrás de una gran planta.

— ¿Por qué no te llevas la camisa y los dos nos olvidamos de lo sucedido?

Logan respiró profundamente.

—Tal vez yo no quiera olvidarlo...

— ¿Va todo bien? —irrumpió la voz del chef Simon que había aparecido detrás de ellos—. Katy me ha dicho que parecía haber algún problema.

Darcy respondió secamente.

—No ocurre nada. El señor McKenzie ya iba a sentarse en su mesa, ¿verdad?

— ¿McKenzie? ¿Es usted Logan McKenzie? —preguntó el chef Simon.

— ¿Y qué ocurre si lo soy? —dijo Logan en un tono de reto.

Aquello estaba empezando a ser demasiado y amenazaba con complicarse en exceso. Los dos hombres se miraban como si fueran los oponentes en un combate de boxeo.

—Logan, ¿te importaría volver a tu asiento y seguir con tu cena? —le rogó ella—. Podemos hablar de todo esto en otro momento. Si

es que realmente crees que es necesario...

—Vente a la mesa —dijo Fergus, que se había unido al grupo—. Vamos a cenar. Estoy realmente hambriento.

Logan parecía a punto de discutir con su primo, cuando una mirada al gesto de Darcy lo instó a controlarse.

—Quizás tengas razón. Después de todo esto es un restaurante —añadió Logan con sarcasmo.

—Uno de los mejores —añadió el chef Simon—. Ahora, si nos disculpan, caballeros, Darcy y yo tenemos mucha comida que preparar.

Dicho eso, tomó a Darcy por el brazo y se la llevó a toda prisa a la cocina. No habían hecho más que desaparecer de la vista de los clientes cuando Daniel Simon se enfrentó a Darcy.

—Quiero que me expliques ahora mismo qué haces metiéndote en rinco-nes oscuros con un hombre como Logan McKenzie —su sentido del humor había desaparecido por completo.

Darcy lo miró perpleja, sin saber bien qué tenía que responder a esa pregunta.

Capítulo 3

TOMA, mira el menú —le dijo Fergus a su primo—. Y, por favor, siéntate y cuéntame qué está sucediendo aquí.

Logan se sentó, consciente de que algunos camareros todavía lo estaban mirando. Que hicieran lo que quisieran. A él lo único que le interesaba era la conversación que estaba teniendo lugar en la cocina entre Darcy y su amante.

Porque ya estaba seguro de que eran una pareja. Había una familiaridad entre ellos y un ansia de protección por parte de Daniel Simon, que demostraba un claro sentimiento de posesión.

Tenía que reconocer que el descubrimiento lo había sorprendido pues, hasta entonces, había pensado que solo era ella la que abrigaba sentimientos hacia Daniel, probablemente confundiendo la admiración con el amor. Pero se había dado cuenta de que había mucho más que eso.

Y no le gustaba, lo que le resultaba igualmente desconcertante.

Había conocido a Darcy el día anterior, pero también sentía una inexplica-ble necesidad de protegerla. Prefería no indagar en exceso respecto a la razón de todo aquello.

—Cuando me dijiste que venías a cenar aquí, pensé que ya habías asumido la situación… —dijo Fergus.

Logan se dio cuenta demasiado tarde de que su primo estaba hablando.

— ¿Qué? —preguntó él distraídamente.

Fergus resopló impaciente y dejó el menú sobre la mesa.

—Vamos a beber algo —dijo y llamó a un joven camarero al que pidió una botella de Chablis.

Logan centró su atención totalmente en su primo, en vista de que no parecía estar ocurriendo nada excepcional en la cocina.

— ¿Qué estabas diciendo? —volvió a preguntarle a su primo en cuanto les trajeron la botella.

Fergus lo miró fijamente y frunció el ceño.

— ¿Podrías explicarme qué has venido a hacer aquí? —preguntó.

—Pues, en este momento, voy a beber vino. Y, dentro de un

momento, espero estar comiendo. ¿No es eso lo que la gente hace cuando va a un restaurante?

—Muy gracioso —dijo Fergus sin humor—. ¿Puedo preguntarte por qué te interesa Darcy?

—Sí, puedes preguntármelo —dijo Logan.

— ¿Y bien?

Logan se tomó su tiempo para responder.

— ¿Qué te hace pensar que pueda tener interés alguno?

Fergus hizo una mueca.

—Estaba sentada en tu mesa cuando he llegado y estabais conversando. Me ha dado la sensación de que ya os conocíais.

—Nos conocemos —dijo Logan—. Trabaja para la empresa de catering Casa Simon y nos conocimos ayer cuando trajo la comida a mi oficina.

— ¿Eso es todo? —presionó Fergus.

—Eso es todo —repitió Logan impaciente—. Pero, aunque no lo fuera, ¿desde cuándo eres tú mi guardián?

Fergus estaba a punto de dar una respuesta cortante, pero se lo pensó mejor.

— ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu madre? —le preguntó su primo.

— ¿A qué viene este interrogatorio? No soy uno de tus testigos.

—Sabes que hace mucho que dejé esa parte de mi profesión. Te aseguro que tengo mis motivos para hacerte esta pregunta —respondió Fergus con toda la calma del mundo—. ¿Has visto a tu madre en las últimas tres semanas?

Logan se removió impaciente en la silla.

—Tanto mi madre como yo tenemos edad suficiente para vivir nuestra vida sin tener que darnos parte de nuestra vida el uno al otro continuamente.

—Logan, no tengo intención alguna de criticar tu modo de llevar tus relaciones familiares...

El camarero llegó en aquel momento con los entrantes.

— ¿Puedes, por favor, ser un poco más específico entonces? —dijo Logan, algo más amable después de haber probado el extraordinario Paté Simon.

—Necesito saber si has visto a tu madre recientemente —insistió Fergus.

Logan se encogió de hombros.

—No desde hace algunas semanas.

— ¿Así que estás aquí esta noche por pura coincidencia?

—Ya te lo he contado... ¿Qué quieres decir con «coincidencia»? ¿Qué tiene que ver mi madre con Casa Simón?

Algo le decía que no le iba a gustar la respuesta. Fergus respiró profundamen-te.

—Como ya sabes, he ido a visitar al abuelo... ¡Oh, no! ¡Lo que faltaba! —dijo, mirando a la puerta.

Logan también se volvió, al notar cierto revuelo en el restaurante al reconocer a la mujer que acababa de entrar.

Era la actriz Margaret Fraser.

Logan la reconoció al instante. Acto seguido, vio salir a Darcy de la cocina. La muchacha tenía los ojos inundados de lágrimas contenidas y el rostro enrojecido por la rabia. No parecía llevar una dirección precisa, o al menos no hasta que vio a la mujer que entraba por la puerta.

— ¡Usted! —dijo entonces ella con disgusto patente—. Espero que esté satisfecha. ¡Ya ha conseguido lo que quería! Es todo suyo.

Dicho aquello, salió como una posesa del restaurante.

Logan se volvió hacia su primo.

— ¿Qué demonios...

—Vete a buscar a Darcy, Logan —le pidió su primo.

—Pero...

—Por una vez en tu vida, ¿puedes hacer lo que se te pide sin rechistar? —Fergus se puso de pie—. Mientras tú solucionas eso, yo trataré de arreglar las cosas aquí.

Fergus miró a Margaret Fraser.

Aunque la mujer se había sentido atacada por las palabras de Darcy, había recobrado rápidamente la compostura, y había atravesado el restau-rante acompañada de sus dos amigas, sonriendo a los comensales.

Entre ir a buscar a Darcy o encontrarse cara a cara con la volátil actriz, Logan prefería sin duda la primera opción. No obstante, habría optado por una tercera: saber qué estaba sucediendo allí.

— ¡Logan, cariño!

Margaret se encaminó hacia él abriendo los brazos en uno de sus teatrales saludos. Lo besó en las dos mejillas.

Logan la observó impasible, mientras ella besaba también a Fergus, tan hermosamente compuesta, con su figura perfecta envuelta en un elegante traje negro que le habría costado una fortuna. La actriz estaba imponente con aquel pelo negro, liso y brillante, que Logan le llegaba por los hombros.

Margaret Fraser era, sin duda, una mujer de una belleza única, pero también era la última persona a la que quería ver Logan aquella noche.

—Vete a buscar a Darcy, Logan —le recordó Fergus, cuando consiguió librarse del abrazo de la actriz.

Margaret Fraser los miró interrogante.

— ¿Darcy...? —preguntó.

Logan hizo una mueca.

—La joven con la que te has cruzado al entrar.

— ¡Oh, esa «Darcy»! —asintió ella ligeramente.

— ¿Vas o no, Logan? —dijo Fergus.

Logan asintió y salió del restaurante.

No le costó mucho encontrarla. Estaba fuera, apoyada en la pared, llorando desconsoladamente.

Logan ya había comprendido que Margaret Fraser debía de tener algo que ver en aquel desconsuelo.

La pregunta era «qué».

¿Cómo podía hacerle aquello, cómo podía? Y con una mujer como aquella.

Claro que era una mujer hermosa. Pero ya había estado casada dos veces y había anunciado compromisos con otros hombres al menos en otras tantas ocasiones. ¿Cómo podía pensar en casarse con ella?

— ¿Darcy...?

Se quedó paralizada al oír la voz de Logan. Cuando al fin reaccionó, se limpió las lágrimas y se volvió hacia él.

—Señor McKenzie —lo saludó ella, incapaz de esconder su desconsuelo.

—Logan, ¿recuerdas? No parece que esta sea una buena noche para ti —dijo él.

No se podía imaginar hasta qué punto. Ella había pensado que el enfrentami-ento con él había sido lo más duro, pero la conversación que había tenido en la cocina lo había superado. Encima, se había

tenido que enfrentar cara a cara con aquella...

—Toma —le dijo Logan, dándole su pañuelo.

Ella sonrió.

—Pero si acabo de devolverte uno —dijo ella sin hacer ni el más mínimo esfuerzo por alcanzar el que le ofrecía.

—Que, por cierto, me he dejado en el restaurante —dijo él—. Bueno, espero que mi primo lo recoja. Toma. Se te ha corrido el rímel —insistió.

Darcy agarró el pañuelo y le dio las gracias. Cuando ya se había limpiado la cara, recordó que no se había puesto maquillaje. Lo miró.

—Muy gracioso —le dijo ella, con una mueca que recordaba a una sonrisa.

—Así está mejor —dijo Logan—. Estoy seguro de que, sea lo que sea, no puede ser tan terrible.

Darcy lo miró muy seria.

— ¡Mucho peor de lo que puedas imaginarte! —negó con la cabeza.

Logan la miró interrogante.

— ¿Quieres hablar de ello?

Darcy se quedó pensativa. Realmente necesitaba compartir su dolor con alguien. Pero, ¿era Logan McKenzie, un hombre al que apenas conocía, la persona adecuada?

Probablemente, no. Pero si no hablaba iba a reventar.

Suspiró pesadamente tras tomar una decisión.

— ¿Querrías venirte conmigo a tomarte un café en un bar? —le preguntó ella.

— ¿No crees que mi atuendo es un poco excesivo para meterme en un bar? —le preguntó él.

Sí, por supuesto que lo era. Pero no podía invitarlo a su casa. Después de las acusaciones que Daniel Simon había hecho, lo último que necesitaba era que llegara y se lo encontrara allí—. Podemos ir a mi apartamento, si quieres —sugirió él, al notar su indecisión.

¡Ir a su apartamento!

—No creo que realmente te pueda interesar mi historia —dijo ella—. Creo que lo mejor que puedo hacer es irme a casa a dormir. Mi madre siempre me decía que las cosas ya no parecen tan negras

por la mañana.

—Y mi niñera siempre me decía que un problema compartido es solo medio problema —respondió Logan.

Darcy notó que hablaba de su niñera, no de su madre. Pero, al fin y al cabo, provenía de una familia de mucho dinero. Debía de ser el tipo de niño a quien le cuida una niñera. Le resultó triste. Al parecer, Logan había tenido una relación más estrecha con su niñera que con su propia madre.

Darcy, sin embargo, había estado siempre con su madre. La mujer había muerto hacía un año y todavía la echaba mucho de menos.

—Quizás, pero mi madre también me advertía siempre del peligro de irme a casa de un extraño.

—Mi niñera me advertía de lo mismo respecto a las mujeres —le dijo Logan tomándola de la mano—. Pero yo me arriesgaré si tú te arriesgas.

Darcy se rio y Logan se detuvo inmediatamente.

—Te había pedido que no hicieras eso —dijo él.

Ella lo miró perpleja y desconcertada.

—A qué te refieres...

—No importa —respondió él, parando un taxi.

Abrió la puerta y, una vez dentro, le dio al conductor la dirección.

Durante el trayecto, Darcy no dejaba de pensar que aquel era realmente un extraño y que quizás se había precipitado. ¿No debería haber hecho caso a las advertencias de su madre? ¿Y si...?

— ¿Tengo aspecto de ser un hombre que se lleva jovencitas inocentes a su apartamento para seducirlas? —preguntó él de repente, como si hubiera adivinado su pensamiento, mientras la miraba con sus fríos ojos azules.

Darcy no pudo controlar las lágrimas. Logan McKenzie había sido realmente amable con ella y, de repente...

—Lo siento, Darcy —dijo él—. Pero es que, de un modo u otro, esta noche se ha convertido en una catástrofe para mí también. ¿Me perdonas? —le tomó la mano.

Darcy se estremeció al notar su tacto y se sintió profundamente avergon-zada. ¡Cómo podía sentirse atraída por un hombre en aquel instante!

Apartó la mano rápidamente y la escondió debajo de la que tenía en el regazo.

—Por supuesto —dijo ella—. Pero quizás esto no haya sido tan buena idea. Ya te he robado demasiado tiempo esta noche. Todavía estás a tiempo de hacer algo...

—Demasiado tarde —dijo él, cuando el taxi se detuvo a la puerta de un edificio.

Pagó al taxista, la tomó de la mano y, juntos, entraron.

Darcy estaba acostumbrada al lujo. Su propia casa era bastante confortable, y muchas de las que veía en sus visitas de negocios eran opulentas. Pero aquello era algo más.

El portero se levantó en cuanto Logan entró y se apresuró a llamar al ascensor.

Después de haber visto el portal, ella pensó que nada podría sorprenderla. Se equivocó. El impresionante ático en el que vivía lo hizo.

Además de las hermosas antigüedades que decoraban el apartamento, tenía una maravillosa colección de cuadros. Hubo uno en particular que captó rápidamente la atención de Darcy.

— ¡Un McAllister! —susurró, refiriéndose al autor. No se le ocurrió preguntar si era o no original. Estaba segura de que Logan McKenzie no toleraría nada menos que lo auténtico en su casa—. Es precioso.

El asintió.

—Es la casa de mi abuelo. ¿Quieres beber algo?

Darcy lo miró boquiabierta. Aquel castillo que se dejaba ver entre la bruma era la casa de su abuelo. ¿Qué hacía ella allí?

—Un poco de whisky, por favor —respondió finalmente.

—A mi abuelo le gustarías. Dice que no confía en una mujer que no bebe whisky —dijo Logan con una sonrisa y sirvió la primera copa.

Con un apellido como aquel, no cabía duda de que su familia procedía de Escocia, lo que se veía confirmado por la opinión que acababa de expresar.

Era una pena, porque, normalmente, Darcy no podía soportar el whisky. Solo que, en aquel instante, necesitaba algo que la hiciera recobrarse.

En cuanto notó el líquido deslizarse por su interior se sintió

mejor.

—Sentémonos —sugirió él.

Darcy se dirigió hacia el sillón para evitar sentarse en el sofá con él. Quizás su acción fuera excesivamente obvia, pero prefería prevenir. Al fin y al cabo estaban completamente solos y dudaba que el servicial empleado del portal estuviera dispuesto a prestarle ayuda si la necesitaba.

—Y ahora, ¿por qué no me cuentas qué es lo que te sucede? —sugirió Logan.

Darcy dio otro trago a su whisky.

— ¡Aquella mujer! —dijo ella con rabia.

— ¿Margaret Fraser?

—Sí —respondió Darcy—. ¿La has visto?

—Es difícil no ver a una actriz de su fama —dijo él—. Pero, la verdad, no entiendo qué tiene que ver ella en todo esto.

Darcy rodeó el vaso con las dos manos y suspiró.

—Verás, mi... bueno, Daniel Simon...

— ¿Sí?

—Se va a casar con ella.

— ¿Se va a casar con quién? —preguntó Logan desconcertado.

—Con Margaret Fraser —respondió Darcy claramente disgustada.

—No puedes hablar en serio —dijo Logan incrédulo.

—Eso mismo fue lo que yo le dije. Pero parece que sí, que es en serio.

—Pero yo... esto es...

—Increíble, ¿verdad? —Darcy se puso de pie y comenzó a pasear de un lado a otro—. La conoció hace tres semanas y ya ha decidido que quiere casarse con ella.

—Hace tres semanas... —repitió él pensativo.

—Ridículo, ¿verdad? —continuó Darcy—. ¿Cómo puede alguien decidir que quiere casarse después de solo tres semanas de conocer a una persona?

—Bueno, es algo que ocurre —dijo Logan distraídamente—. Pero no por ello dejo de estar sorprendido—. ¿Estás completamente segura?

—Sí, claro que lo estoy. Por eso ha ido al restaurante esta noche. ¿Por qué sino?

—Pues, ¿para cenar?

—Esa es otra cosa. Esa mujer apenas si come. ¡Menuda publicidad para un chef!

Logan hizo una mueca.

—Es el único modo de que pueda mantener esa magnífica figura.

Darcy frunció el ceño.

—No me digas que a ti también te parece atractiva.

—No —respondió Logan—. Puedo afirmar sin temor a equivocarme que soy uno de los pocos hombres inmunes a sus encantos.

—Me alegro —afirmó Darcy.

Logan se puso de pie y se sirvió otro vaso de whisky.

—Dime, Darcy... —comenzó a decir él—. Si eso que me cuentas es cierto, ¿qué tiene que ver contigo?

Ella se encogió de hombros.

—Lo primero es que me tendré que ir de su casa —dijo ella desconsolada.

— ¿Vives con él?

—Solo llevo un par de meses, desde que acabé la universidad —respondió ella—. No era más que un arreglo momentáneo. Me iba a quedar allí hasta que empezara a trabajar en septiembre.

Logan frunció el ceño.

—Yo pensaba que trabajabas para la empresa de catering de Simon.

—Eso también es algo temporal. En realidad soy maestra.

Logan hizo una pausa.

—La verdad es que cada vez me cuesta más entender todo esto.

Darcy sonrió.

—El trabajo que hago ahora es solo un trabajo de verano para mí —le explicó ella—. Estudié para chef antes de darme cuenta de que lo que me gustaba era trabajar con niños.

Logan frunció el ceño.

— ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco —respondió ella, consciente de que Logan, como tanta otra gente, había creído que era más joven.

Él la miró muy serio.

—Tienes edad suficiente para saber lo que haces. Entonces, ¿por qué sigues con él si te ha dicho que se va a casar?

—Todavía no lo ha hecho —respondió ella confusa. ¿Y piensas quedarte allí hasta que lo haga? —dijo Logan furioso.

—Por supuesto —respondió ella con decisión—. La boda no va a celebrarse de inmediato. Quizás todavía pueda convencerlo de que va a cometer una estupidez.

Logan gruño.

—Darcy, tú puedes... —se aproximó a ella—. ¿Cómo puedes estar tan ciega para no darte cuenta...?

La miró fijamente y, sin pensar, se inclinó sobre ella y la besó. Ella se dejó llevar y, lo que momentos antes había sido rabia, se iba convirtiendo en una pasión que ni ella misma sabía poseer. Abrió los labios invitando a los de él y deslizó las manos por debajo de su chaqueta, sintiendo así el calor de su cuerpo a través de la seda de la camisa.

Logan le quitó la goma del pelo y sus cabellos cayeron como una cascada roja sobre sus hombros. Introdujo los dedos entre la mata sedosa y se deleitó con sus labios.

Darcy había besado a otros hombres antes, pero nunca había sentido nada parecido.

Pero el beso llegó repentinamente a su fin, cuando Logan se apartó de ella y la miró confuso.

— ¿Qué estoy haciendo? Lo siento, Darcy —se pasó la mano por el pelo nerviosamente—. No era mi intención hacer lo que he hecho. Te he traído aquí para tratar de ayudarte y casi termino haciéndote el amor... Yo... ¡Pero es que ese hombre es lo suficientemente mayor como para ser tu padre! —dijo sin preámbulos.

Darcy respiró profundamente tratando de recobrar el sentido.

— ¿Qué hombre? —frunció el ceño desconcertada.

—Daniel Simon —dijo él agresivamente.

Ella tragó saliva.

—Yo... —trató de pensar, de recordar lo que había dicho hasta entonces, pero después de aquel beso tenía la mente hecha un caos —. Logan, creo que no me he debido de explicar bien. Daniel Simon es mi padre.

Hasta hacía un año, fecha de la muerte de su madre, el padre y la madre de Darcy habían estado felizmente casados, y habían mantenido una relación de amor y amistad.

Por eso Darcy estaba tan triste por el anunciado matrimonio de Daniel Simon con la pomposa actriz Margaret Fraser, cuya vida privada levantaba más expectación que su carrera de actriz.

Darcy tragó saliva al ver la mirada de Logan. Se había quedado sin palabras y creía saber por qué. Debía de pensar cuán egoísta era ella con aquella insensata actitud hacia los asuntos personales de su padre. Pero no podía evitar sentir lo que sentía…

Capítulo 4

¡SU PADRE!

Así que Daniel Simon era el padre de Darcy y no su amante. Y, al parecer, le había anunciado a Darcy su intención de casarse con Margaret Fraser...

Aquella era una nueva noticia para Logan, aunque sospechaba que aquello era lo que Fergus querría haberle contado.

—Supongo que debes pensar que mi actitud es tremendamente egoísta. Pero mi madre murió hace tan solo un año —le explicó ella con tristeza—. Habían estado casados veintiocho años. ¡Veintiocho años! Y éramos una familia muy feliz. No entiendo cómo mi padre puede creerse enamorado de alguien que conoce desde hace tan poco tiempo —miró a Logan.

Este pensó en el craso error que había cometido, dando por hecho que Daniel Simon era su amante. Eso le ocurría por sacar conclusiones antes de tiempo. Claro que ella no le había llegado a decir su apellido y jamás había llamado a Simon «papá».

En cualquier caso, era él el que se había equivocado y el único responsable.

Claro que, de pronto, aparecía otro problema. ¿Cómo iba a decirle a Darcy...?

—Creo que lo mejor será que me vaya —dijo ella de repente, sin mirarlo a los ojos—. Ya te he robado tiempo suficiente.

—Darcy —dijo él y se aproximó a ella. La tomó del brazo para obligarla a que se volviera hacia él.

— ¡Sé que soy una egoísta! —se le llenaron los ojos de lágrimas —. ¡No quiero pensar en que esa mujer vaya a convertirse en mi madrastra!

Logan la tomó lentamente en sus brazos, lo que empezaba a convertirse en un hábito. Y todo porque no soportaba ver a Darcy llorar. Claro que, si tenía que elegir prefería el llanto a aquella sonrisa que lo dejaba sin respiración.

Sin duda, el efecto que tenía sobre él era increíble. Darcy no era más que una muchacha corriente, sin brillo aparente, excepto cuando sonreía. Y, por algún extraño motivo, le gustaba.

—Sé que no te va a servir de consuelo en este momento —dijo Logan—. Pero dudo sinceramente que Margaret Fraser vaya a llegar a convertirse en tu madrastra.

Darcy se limpió las lágrimas.

—Mi padre está convencido de que lo hará.

Logan negó con la cabeza.

—Y yo estoy seguro de que no.

Darcy lo miró sorprendida.

—Pero, ¿cómo puedes estar seguro?

El la miró muy serio.

—Créeme, Darcy. Yo... —lo interrumpió el intercomunicador.

Después de cómo había transcurrido la noche, lo más probable era que se tratara de Fergus. Su primo era la última persona que quería ver aquella noche. Bueno, la última no. Sería mucho peor que se tratara de Margaret Fraser.

— ¿No deberías contestar? —le preguntó Darcy cuando el timbre sonó por segunda vez.

—Debería —reconoció él. Pero no quería hacerlo. Necesitaba tiempo y espacio para hablar con Darcy, para explicarle la situación. Pero Fergus seguro que diría algo inconveniente...

—Darcy, ¿querrías comer conmigo mañana? —le preguntó él.

Ella lo miró considerando el porqué de la pregunta.

— ¿Para qué?

Él alzó las cejas, impaciente.

— ¡Para comer contigo!

— ¿Por qué?

—Cielo santo, mujer, ¿puedes responderme «sí» o «no»?

—Si me estás invitando solo porque te doy pena…

—No me das pena —dijo él—. Solo que necesito hablar contigo.

Ella esbozó una sonrisa.

—De acuerdo.

—Bien —dijo él aliviado—. Ahora te voy a acompañar abajo, te voy a meter en un taxi y te voy a aconsejar que te vayas a la cama nada más llegar a casa. Como tu madre te decía, las cosas no parecerán tan terribles mañana por la mañana.

Sobre todo, porque estaba dispuesto a clarificar aquella situación.

—Desde luego, es difícil que me puedan parecer peor —dijo ella

mientras entraba en el ascensor.

Pero Logan sabía que sí, que podía ser mucho peor si no manejaba las cosas con el cuidado necesario.

Al salir del ascensor, se encontraron con Fergus.

Este miró a su primo con rencor por el tiempo que lo había tenido esperando.

—Ahora mismo vuelvo —le dijo Logan—. Voy a acompañar a Darcy a tomar un taxi.

Salieron del edificio sin darle a su primo ocasión de responder.

Antes de meterse en el coche, Darcy se volvió hacia él.

—Has sido muy amable conmigo —le dijo ella con timidez.

No era un cumplido que mucha gente querría hacerle. Pero si esa era la opinión de Darcy, no iba a discutir con ella.

—Mañana nos vemos para comer —respondió él escuetamente —. A las doce y media en Romanine, que está...

—Sé dónde está —le dijo ella—. Y gracias otra vez.

Logan se quedó en la esquina observando pensativo cómo el taxi se alejaba.

En cuanto se dio la vuelta, se encaminó con determinación hacia su edificio.

—Es una muchacha atractiva —dijo Fergus mientras subía con su primo en el ascensor.

Logan lo miró con frialdad.

—Es la hija de Daniel Simon. Aunque, claro, eso tú ya lo sabías, ¿verdad? —le dijo en un tono acusatorio.

Los dos hombres entraron en el apartamento y Logan se encaminó directamente al carrito de las bebidas. Sirvió un par de vasos de whisky y le tendió uno a su primo.

—Gracias —respondió Fergus—. Y sí, ya lo sabía. Al parecer, esto es tuyo —le dio el paquete.

—Gracias —dijo Logan, colocando la caja junto a la ventana sin hacer comentario alguno.

—No estoy seguro de que debamos bebernos esto ninguno de los dos. Al fin y al cabo no hemos cenado.

—Vente —dijo Logan—. Prepararé un par de tortillas y luego me cuentas qué está pasando.

Tardaron solo unos minutos en preparar las tortillas y una ensalada. Después se sentaron a comer e iniciaron la conversación.

— ¿Me equivoco si asumo que tu visita a nuestro abuelo tiene que ver con que mi madre esté a punto de anunciar su compromiso con Daniel Simon?

Su madre.

Margaret Fraser.

Aunque era difícil de creer incluso para Logan, aquella mujer de hermoso pelo negro, rostro terso y figura envidiable y joven era su madre.

La noticia de su matrimonio lo había sorprendido pues, aunque nunca habían estado particularmente unidos, al menos en el pasado ella solía anunciarle sus intenciones de matrimonio. En aquella ocasión la noticia lo había tomado totalmente por sorpresa.

Sin duda Darcy había mal interpretado su silencio al recibir la noticia, pero tenía intenciones de aclararlo todo al día siguiente.

—Sí —respondió Fergus—. Al parecer le había dado la noticia durante el fin de semana.

—Y, por supuesto, ella no ha podido decírmelo a mí también.

—Lo normal sería que lo hubiera hecho, pero en este caso hay una complicación...

—Darcy —dedujo Logan.

—Exacto —reconoció Fergus—. Al parecer no le hace muy feliz que Margaret pase a formar parte de su familia.

—A mí me ocurriría exactamente lo mismo —dijo Logan.

Fergus se volvió a mirarlo.

—Sabes que nunca he querido interferir en la relación que tenéis tu madre y tú...

—Entonces no empieces ahora.

—No tengo intención alguna de hacerlo —le aseguró su primo.

Logan lo miró con escepticismo.

— ¿No?

—No —confirmó Fergus, dándole un sorbo a su vino blanco—. Primero porque no tendría sentido: tus sentimientos al respecto son solo asunto tuyo. Segundo porque creo que hay algo mucho más urgente por discutir.

Logan levantó las cejas.

— ¿Qué?

—Pues cómo le vas a decir a Darcy que eres el hijo de Margaret Fraser, y conseguir que no te odie por ello.

Eso mismo se había estado preguntando él hacía un momento.

—Porque, si no me equivoco, ella no tiene ni idea de quién eres.

—Quizás si no nos hubieras interrumpido esta noche…

—No trates de echarme la culpa a mí —dijo Fergus levantando las manos en un gesto defensivo.

Fergus tenía razón y Logan lo sabía. Debería haberle dicho la verdad en el instante mismo en que Darcy le había mencionado a Margaret Fraser. Pero de haberlo hecho, sabía que lo habría mirado con el mismo desprecio con que miraba a su madre, y no quería que ocurriera eso. No estaba seguro de qué era lo que quería de ella, pero sí sabía que no quería su antipatía.

Tenía menos de veinticuatro horas para pensar en cómo contarle la verdad sin que resultara catastrófico.



Darcy llegó casi quince minutos tarde. Con un poco de suerte, Logan se habría cansado de esperar y se habría marchado. Después de la mañana que había tenido no se sentía con ánimos de encontrarse con él.

Había seguido el consejo de Logan la noche anterior y se había metido en la cama nada más llegar. Agotada después del, desgaste emocional de los pasados días, ni siquiera había oído llegar a su padre.

Al levantarse a las nueve de la mañana del día siguiente no se había sentido mejor. Había oído la radio de la cocina encendida y eso le había indicado que su padre estaba ya despierto.

Como había sido de esperar estaba furioso después de que Margaret Fraser le hubiera contado el numerito que había montado Darcy al verla.

Tras de una agria discusión, Darcy había acabado diciéndole a su padre que no quería trabajar más para él y que se buscaría un piso de inmediato.

A Darcy todavía le dolía recordar el enfrentamiento. Hasta hacía un par de días nunca había tenido una palabra más alta que otra con su padre, y según su punto de vista, la única culpable de aquella situación era Margaret Fraser.

Al llegar al restaurante vio que Logan no se había ido. Allí

estaba, en una mesa junto a la ventana. Estaba realmente guapo, con su traje gris y la camisa blanca de seda que ella misma le había enviado el día anterior.

Se levantó para recibirla en cuanto ella se aproximó a la mesa. Muchas cabezas de mujer se volvieron a mirar. Seguramente todas ellas habían estado expectantes sobre a qué mujer esperaría un hombre así. Sin duda, ninguna habría imaginado que sería una insignificancia como ella.

—Darcy —la saludó Logan cálidamente y le hizo una señal al camarero para que le sirviera un poco del vino blanco que él había estado bebiendo—. Quizás no quieras beber si tienes que trabajar esta tarde.

—Estoy en un «periodo de descanso». Eso es lo que dicen los actores cuando se han quedado sin trabajo, ¿no?

—No lo sé —dijo él.

—Mi padre tampoco, pero cuando se case con Margaret Fraser aprenderá mucho sobre ese mundo.

—Deberías decir «si se casa».

—No es eso lo que opina mi padre.

—Por lo que deduzco de tu primer comentario ya no trabajas para él —dijo Logan.

—Hemos decidido separar nuestras vidas. Probablemente es lo mejor. Bonita camisa —añadió ella secamente.

—Al diablo con la camisa —dijo demasiado espontáneamente. Luego, se arrepintió—. Bueno, no quería decir lo que parece que he dicho. Realmente es una camisa preciosa. Debería haberte dado las gracias —admitió él.

Quizás no era un hombre acostumbrado a recibir regalos. Tal vez era más proclive a darlos.

—De nada —asintió ella—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión respecto a quedártela? —le preguntó ella mientras abría el menú.

—El hecho de que te hayas tomado tantas molestias para conseguirla.

—Ya.

—Darcy...

— ¿Has probado alguna vez la lasaña aquí? —lo miró por encima de la carta—. Se supone que debe ser deliciosa.

—Darcy, estoy tratando de hablar contigo —dijo Logan.
Ella levantó las cejas.
—Creía que habíamos quedado para comer.
—Y así es —dijo él—. Pero necesito hablar contigo.
—Antes de comer —dijo ella y cerró la carta—. Pues adelante.
Logan hizo una pausa.
—Estás diferente hoy —le dijo él.
— ¿Lo estoy? —preguntó ella en un tono cortante—. Supongo que tendrá algo que ver con el hecho de que estoy furiosa con él y de que no voy a volver a hablarle, porque se va a casar con una mujer a la que no puedo soportar.
Su voz se quebró ligeramente al final.
—Todo se resolverá, Darcy —le dijo Logan tomándole la mano.
Ella lo miró con frialdad.
—Pareces muy seguro de ello.
—Lo estoy.
— ¿Cómo puedes estarlo?
Él le apretó ligeramente la mano.
—Porque...
— ¿Puedo tomar nota ya? —dijo el camarero acercándose en aquel momento.
Logan estuvo a punto de contestar mal, pero se contuvo.
— ¿Sabes ya lo que vas a pedir? —le preguntó a Darcy.
Ella sonrió.
—Lasaña y ensalada, por favor —pidió.
—Yo tomaré lo mismo —dijo Logan.
— ¿Van a querer agua con la comida? —preguntó el camarero.
—No —respondió Logan con impaciencia.
Darcy trató de compensar al camarero por los malos modos de su acompañante.
—Eso esto todo, muchas gracias —le dijo dulcemente y el hombre se encaminó hacia la cocina.
Logan apartó la mano.
—Sé que hasta hace unas horas tú también eras camarera. Pero, ¿es necesario que seas tan amigable con los empleados?
Ella se sintió herida.
—Ser amable no cuesta nada, Logan —respondió ella bruscamente—. Además, no veo motivo para arruinarle el día solo

porque el mío no haya sido brillante.

—Gracias por la charla —dijo él sarcásticamente.

Ella se sintió como una necia. ¿Qué necesidad tenía de seguir con todo aquello? ¿Para qué lo hacía? ¿Es que quería comprobar hasta qué punto era capaz de seguir con la farsa? Probablemente hasta el último momento.

—Logan, ¿qué es, exactamente, lo que quieres de mí? —preguntó ella repenti-namente cansada de la situación.

Logan la miró confuso.

— ¿A qué te refieres?

Ella hizo una mueca.

—Deja de tratarme como a una idiota. Como hijo de Margaret Fraser que eres, ¿qué demonios quieres de mí? —lo retó con la mirada.

Durante la discusión con su padre, este le había dicho quién era Logan McKenzie, empeñado en saber qué estaban planeando ellos dos.

Se había quedado sin palabras al oír la noticia, incapaz de defenderse. ¿Logan McKenzie era el hijo de aquella mujer? Pero por muy increíble que le pareciera, era la verdad. La mujer no parecía tener más de treinta años y resultaba tener un hijo de esa misma edad que, además era Logan McKenzie.

Darcy le había dado incluso las gracias el día anterior por haber sido tan amable con ella. ¡Hasta la había besado!

Pero ya había descubierto que Logan tenía sus propias razones para ser tan agradable con ella.

Se sentía completamente estúpida al pensar en todas las cosas que le había confesado.

Y, sobre todo, estaba furiosa. Por eso había asistido a aquella estúpida comida, para poderle decirle a la cara todo lo que pensaba de él.

— ¿Y bien? —dijo ella.

—La verdad es que no sé qué decir... —admitió él.

—Una disculpa no estaría de más. ¿Qué demonios esperabas conseguir no diciéndome la verdad? Si era algún tipo de estrategia para convencerme de algo, has errado. Nada que dijeras o hicieras podría llevarme a aceptar el matrimonio entre tu madre y mi padre.

Ella respiraba entrecortadamente. Estaba realmente furiosa, más

con Logan que con su padre. Al menos su padre había sido honesto con ella desde el principio.

Logan frunció el ceño.

—Te aseguro, Darcy, que la idea me gusta tan poco como a ti. Hasta que tú me contaste lo que sucedía, yo no tenía ni idea de nada.

Ella no lo creía. Estaba segura de que aquello sería una estrategia para ganar puntos para su madre.

Además, de haber sido cierto lo que decía, en el momento en que se había enterado del compromiso podría haberle contado quién era. Pero, por algún motivo, no lo había hecho.

Lo único que recordaba era que él le había asegurado que el matrimonio no llegaría a tener lugar.

—Mi padre, un simple chef propietario de un restaurante, no es lo sufí-cientemente bueno para tu madre, ¿es eso? —le echó en cara ella, recordando el castillo posesión de su abuelo. Aquella sería la casa en la que Margaret Fraser habría crecido.

El camarero trajo la comida y Logan esperó a que se fuera para responder.

—Darcy...

—Es eso, ¿verdad? —lo acusó, mientras la idea se iba afianzando y tomando forma dentro de su cabeza—. ¿Quién demonios te crees que eres? ¿Quién se cree que es tu madre? Porque desde mi punto de vista no es más que...

—¡Darcy! —la interrumpió Logan con frialdad—. No hay nada que me puedas decir que no haya pensado yo previamente sobre mi madre. Pero eso no significa que me vaya a quedar aquí escuchando impasible los insultos contra ella.

Darcy lo miró fijamente.

—En ese caso, debes de pasarte toda la vida discutiendo con la gente, porque no he conocido a nadie que tenga algo agradable que decir sobre ella.

Logan hizo una mueca.

—Excepto tu padre.

—Está poseído por esa mujer —lo defendió ella—. Deslumbrado por el glamour que la rodea. ¡Espero que recobre el sentido antes de cometer la estupidez de casarse con ella!

—Lo recobrará —dijo Logan.

Darcy lo miró furiosa.

—Porque vas a hacer lo imposible para que así sea, ¿verdad? No sé a quién desprecio más si a ti o a tu madre.

Darcy observó que la garganta de Logan hacía un movimiento convulsivo, no sabía si era de rabia o de algún otro sentimiento. En realidad, le daba lo mismo.

— ¡Ya estoy harta de todo esto! —lanzó la servilleta sobre la mesa antes de inclinarse por el bolso—. Disfruta de tu comida, Logan.

Logan la sujetó del brazo impidiendo que se fuera.

—Darcy, estoy de tu lado...

—Yo no tengo «lado» y, gracias a ti y a tu madre, ya ni siquiera tengo casa —su voz se quebró ligeramente al final.

Pero no debía llorar, no estaba dispuesta a darle a Logan esa satisfacción. Aún más, no quería volver a ver a aquel hombre en su vida.

—Déjame ir —le ordenó fríamente.

— ¿Y si no lo hago? —la retó él.

Ella se volvió hacia él con un gesto arrogante.

—Me veré obligada a darte una patada en la espinilla.

La respuesta de Logan fue un gesto de sorna que colmó el vaso de la paciencia de Darcy.

Sin pensárselo dos veces, lanzó el pie con toda su fuerza y le clavó la punta del zapato en la espinilla.

Logan respondió con un profundo grito de dolor y la soltó.

—Adiós, Logan —dijo Darcy con una sonrisa de satisfacción antes de darse la vuelta y encaminarse hacia la puerta, totalmente ajena a las miradas de los demás comensales.

La satisfacción le duró hasta que alcanzó la calle y tomó un taxi. Fue entonces, al preguntarle el conductor a dónde debía llevarla, cuando sintió que el mundo se desmoronaba bajo sus pies. No tenía a dónde ir.

Capítulo 5

¡ME ODIA! —le dijo a su primo Fergus poco después de que este entrara en la oficina. Hacía escasos minutos que Logan había regresado del restaurante.

Fergus estaba totalmente relajado en la silla.

—Supongo que llevaste la situación con tu habitual tacto y diplomacia.

Logan frunció el ceño. No había tenido ocasión de decir mucho. Darcy se había enterado de la noticia antes de llegar a su cita. Alguien se lo había dicho. No le extrañaba que estuviera tan cambiada con él.

—No tuve ocasión de decir nada. Su padre debió de contarle que era hijo de Margaret Fraser.

—Pobre Logan —dijo Fergus con una sonrisa y agitando de un lado a otro la cabeza.

—No tienes ni idea de hasta qué punto —protestó Logan.

—Pues no, pero espero que tú me lo digas.

Necesitado de alguien en quien confiar y de una opinión respecto a lo que hacer con Darcy, le contó con todo detalle lo acontecido en el restaurante.

—Y entonces me dio una patada —concluyó al fin.

La respuesta de su primo fue de lo más desconcertante, porque, sin previo aviso, soltó una sonora y exuberante carcajada.

— ¿De verdad que te dio una patada? —preguntó entre risas—. ¿En mitad del restaurante?

—Sí, me dio una patada en la espinilla —respondió Logan—. Y tengo un cardenal que lo prueba.

—Me gusta tu Darcy —dijo Fergus

—No es «mi Darcy» —dijo Logan, sin poder evitar lamentar que no lo fuera. Todavía recordaba lo hermoso que había sido tenerla en sus brazos, lo dulce de aquel beso robado la noche anterior.

Tenía que olvidarse de todo aquello. Las cosas ya eran demasiado complicadas como para complicarlas más. Lo que tenía que hacer era solucionar aquel enredo.

— ¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó Fergus.

Logan se quedó pensativo unos instantes.

—Necesito ver a mi madre.

Fergus lo miró sorprendido.

— ¿Crees que eso arreglará algo?

—Probablemente, no —respondió Logan—. Pero quizás me haga sentir un poco mejor. Esta gente es buena y no quiero que les haga un daño innecesario —hizo una pausa y luego continuó—. Daniel Simon se quedó viudo recientemente. No necesita a alguien como mi madre.

—Ya... —Fergus parecía dudoso—. Me pregunto...

Se detuvo al ver que la puerta se abría después de unos leves golpes a los que no tuvieron tiempo de responder.

Margaret Fraser entró sin ser invitada, más hermosa que nunca, vestida con un traje negro y una vibrante camisa roja.

—Karen me dijo que estabas aquí con Fergus —dijo mientras cerraba la puerta.

Fergus se puso de pie en cuanto vio a su tía entrar.

—Estaba a punto de irme a ver a Brice —se acercó a darle un leve beso a la madre de Logan en la mejilla—. Adiós, tía Margaret. Logan...

Fergus salió.

—Deja de fruncir el ceño, Logan —dijo su madre impaciente—. Nunca suelo venir así, pero necesito tu consejo...

— ¿Mi consejo? —repitió él incrédulo.

Era lo último que se habría esperado.

Ella lo miró irritada, se sentó en la silla que Fergus había dejado vacante y cruzó las piernas.

—Por lo que he visto, pareces tener una relación amigable con Darcy.

—Te corrijo, madre. La tenía, ya no —interrumpió Logan fríamente—. Lo era antes de que ella supiera que soy tu hijo. Darcy ya no me ve como un amigo --ni como nada más y era extraño el modo en que dolía eso.

—Ya veo. ¿Qué debería hacer, Logan? —dijo la mujer con un suspiro.

Aquello era completamente nuevo. Su madre jamás le había pedido su opinión.

— ¿Con qué?

—Con Darcy —respondió ella y comenzó a reprenderlo—. No te hagas el tonto, Logan. Seguro que ya sabes lo de mi compromiso con Daniel Simon. —Sí, alguien me mencionó algo.

Margaret se ruborizó.

—Si tú mostraras un poco más de interés en mi vida, te lo habría contado. Pero, como no ha sido así... —la mujer hizo resonar un potente suspiro.

—Anoche daba la impresión de que no sabías quién era Darcy — dijo Logan.

—Bueno, sabía de ella, pero no la conocía —dijo su madre—. Por lo que se ve a Darcy no le gusta la idea de que su padre se case conmigo...

—No se me ocurre por qué... —dijo Logan con ironía.

La madre lo miró fijamente.

—Logan, solías ser un niño tierno y cariñoso. ¿Qué ocurrió para que eso cambiara?

Logan pudo notar verdadera confusión en los ojos de su madre.

—La vida, mamá —dijo él—. Principalmente la tuya.

Ella agitó la cabeza de un lado a otro.

—No puedo creerme que me digas eso después de todos estos años. Sé que he cometido errores...

— ¡Errores! —Logan se levantó y se encaminó impaciente hacia la máquina de café—. Tu vida ha sido toda un error, sobre todo la parte de cuando mi padre murió y yo no era lo suficientemente mayor como para poder opinar.

A Margaret se le llenaron los ojos de lágrimas. De pronto le pareció muy pequeña y muy frágil. Nunca antes la había visto desde esa perspectiva...

¡No! No podía dejarse engañar. Su madre era una consumada actriz. Había hecho de eso su forma de vida durante los últimos treinta años.

—Sé que no he sido una madre perfecta para ti, Logan. Pero después de que tu padre se muriera, lo echaba tanto de menos...

—Yo también —respondió Logan fríamente.

—Lo sé —dijo ella—. Pero no era lo mismo. Yo había perdido al hombre al que amaba, había perdido la dirección de mi vida. Y cometí el error de volverme a casar. Pero me sentía sola... No hay nada que pueda decir o hacer ahora para cambiar el pasado. Es el

futuro lo que importa.

Logan la miró confuso. Su madre estaba actuando de un modo extraño. Jamás antes había hablado con él de ese modo, nunca había confiado en él. Y no sabía muy bien cómo tratarla.

— ¿Del futuro de quién estamos hablando, del tuyo o del mío?

—Amo realmente a Daniel Simon —le dijo ella—. Es el primer y único hombre al que he amado desde que murió tu padre. Me gustaría casarme con él.

Logan se encogió de hombros.

—Lo último que he oído es que ibas a hacerlo.

Ella negó con la cabeza.

—No sin la aprobación de Darcy.

Él hizo una mueca.

—Pues lo último que he oído es que no piensa dártela.

—Lo sé —respondió su madre.

Logan la observó confuso. Normalmente, su madre parecía siempre en control de la situación. Pero en aquella ocasión las cosas parecían distintas.

—No me puedo creer que no seas capaz de hacer que Daniel Simon cambie de opinión —dijo Logan.

Había muy pocos hombres que pudieran resistirse al poder de Margaret Fraser.

—No lo entiendes, ¿verdad? —su madre agitó la cabeza con tristeza—. Daniel está dispuesto a seguir adelante a costa de lo que sea, pero yo no. No voy a casarme sin tener el consentimiento de su hija. No es modo de empezar un matrimonio.

Aquello dejó a Logan totalmente desconcertado. ¿Sería verdad que su madre se había enamorado de Daniel Simon y que eso hacía que pusiera la felicidad de alguien por encima de la suya? ¡Sería la primera vez!

Su madre sonrió tímidamente.

—Todo esto te sorprende, ¿verdad, Logan? No es la imagen que tienes de mí. Quizás si hubiéramos estado más unidos…

—Ya sabes que odiaba a Malcom Slater, el hombre con el que decidiste casarte después de que muriera papá. Por eso preferí irme a vivir con el abuelo.

—Yo también llegué a odiar a Malcom.

Logan pareció sorprendido.

— ¿Sí?

Su madre sonrió.

—Sí, sobre todo porque por su causa perdí a mi hijo. Logan, ¿por qué crees que para mí es tan importante tener la aprobación de Darcy? Porque sé lo que es perder a tu hijo o a tu hija en esas circunstancias —continuó con firmeza—. Te perdí por esa razón, porque tú odiabas a Malcom. Y aunque sea muy tarde para salvar mi relación contigo, no quiero hacerles eso a Darcy y a Daniel.

Logan miró a su madre preguntándose si había estado equivocado respecto a ella durante todos aquellos años.

—Necesito tu ayuda, Logan. Necesito que convenzas a Darcy de que realmente amo a su padre. ¿Lo harás?

Logan se preguntó si lo haría. Su madre, la misma mujer de la que había decidido mantenerse a distancia hacía años, le estaba pidiendo que hiciera aquello de lo que Darcy lo había acusado momentos antes.

¿Realmente quería hacer aquello por su madre? ¿Podría creerse lo que la mujer le estaba diciendo?

Además, no sabía si Darcy lo odiaba ya tanto que era un caso perdido...

+ + +

—Una llamada para ti, Darcy —le dijo su abuela.

¿Una llamada para ella? ¿De quién?

Aparte de su padre, nadie sabía que estaba allí, y solo porque su abuela había decidido que debía decírselo.

Estaba allí solo temporalmente. Ya había encontrado un apartamento, pero, por desgracia, el inquilino no se marcharía hasta la semana siguiente.

Bajó las escaleras para contestar.

— ¿Sí?

—Darcy —dijo Logan McKenzie con satisfacción—. Eres muy difícil de encontrar.

Darcy se tensó al oír su voz.

— ¿Por qué te has molestado en buscarme?

—Pensé que te interesaría saber que estoy en el hospital con la

espinilla rota.

— ¿Qué? —preguntó ella alarmada.

—Al menos he captado tu atención —dijo él—. Pero la verdad es que he exagerado un poco.

— ¿Cuánto es un poco?

—Ni estoy en el hospital ni tengo rota la espinilla.

—En otras palabras, era una mentira. Logan, ¿qué quieres?

—Cenar contigo esta noche —respondió él.

A Darcy le sorprendió la invitación.

— ¿Por qué?

—Eres muy desconfiada, jovencita —dijo él—. Porque sí, eso es todo. No es más que una cena.

No podía serlo. Había demasiadas cosas en juego y muchas implicaciones. Ella sabía que, en otras circunstancias, él jamás la habría invitado a cenar. Además, ya debería de haberse dado cuenta de que no tenía ningún poder sobre su padre.

—Logan, mi padre es un adulto, alguien perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones —le dijo ella.

— ¿Sí?

— ¡Sí! —respondió ella.

Se lo estaba poniendo muy difícil. ¿No se daba cuenta de lo insoportable que le resultaba estar a malas con su padre?

Aparte de un breve encuentro en su casa al ir a recoger las cosas, no habían hablado con él desde hacía dos días. Y era la madre de aquel hombre la responsable de todo aquello.

—No sé qué problema tienes, Darcy —dijo Logan—. Has conseguido lo que buscabas, así que no entiendo...

— ¿A qué te refieres? —lo interrumpió ella.

—Mi madre ha roto el compromiso con tu padre —le aseguró Logan.

— ¿Ha hecho eso?

—Sí. Todo ha terminado —respondió Logan felizmente—. Eso era lo que tú querías, ¿no?

Lo que quería era que esa mujer no se acabara casando con su padre, pero hasta conocer las razones de aquella repentina ruptura no estaría contenta. Si se trataba de desavenencias dentro de la pareja, bien. Pero si el motivo era ella, entonces no le gustaba. Si Margaret Fraser había roto el compromiso, su padre estaría

realmente destrozado.

—La verdad es que esperaba que la noticia te alegrara más.

No podía estar feliz si su padre se sentía mal. Aquello era complicadísimo. Y solo ella era la responsable de aquel jaleo.

—Pues estabas equivocado —respondió ella—. Y, si pensabas que iba a salir esta noche contigo para celebrarlo, aún lo estabas más.

—Solo te he invitado a cenar. No creo que pueda llamarse a eso una celebración. Pero al menos sabemos que no vamos a tener que brindar por su feliz unión.

— ¿Cómo puedes ser tan insensible? No sé cómo se sentirá tu madre, pero seguro que mi padre está destrozado.

—Un momento, Darcy —dijo él rápidamente—. Eras tú la que quería que ese compromiso no siguiera adelante.

—Tú lo querías tanto como yo —se defendió ella—. Eras tú el que consideraba que mi padre no era suficiente para tu madre.

—Jamás dije eso.

—Pero lo pensaste —insistió Darcy—. Y me parece que con tu inestimable ayuda tu madre ha empezado a pensar lo mismo.

— ¡Para un momento, Darcy! —le dijo él.

—No pienso parar —respondió ella furiosa—. Dejaste bien claro que no te parecía bien que mi padre se casara con tu madre...

—Tú tampoco estabas precisamente feliz de que mi madre se casara con tu padre. Nuestros deseos se han cumplido. ¿De qué te quejas? Has ganado —le aseguró él—. Has vencido al dragón.

Pero Darcy no sentía que hubiera ganado nada. ¡Se sentía fatal! No es que hubiera cambiado de opinión respecto a aquella mujer, pero se había dado cuenta de que no tenía derecho alguno para opinar sobre los asuntos personales de su padre.

—Eres un bruto insensible —le dijo a Logan.

— ¿Porque no finjo estar apenado por todo esto?

—No. Porque eres un egoísta —respondió ella.

— ¿Significa eso que no quieres cenar conmigo esta noche? —preguntó él.

—Ni esta noche ni nunca en mi vida —dijo ella—. Y ahora me tengo que ir.

— ¿A ver a tu padre?

— ¡Ocúpate de tus asuntos! —le gritó antes de colgar.

Era un bruto, un egoísta. Le daba lo mismo que su madre estuviera infeliz por la ruptura. Le daba lo mismo quién sufriera. Se alegraba de que el compromiso se hubiera roto porque no consideraba a su padre suficiente para Margaret Fraser.

¿Sí? Pues que no estuviera tan seguro de que todo se acabaría así. Iba a ver.

Capítulo 6

AL ENTRAR en el restaurante Casa Simon, Logan se sentía como un asesino que regresara a la escena del crimen.

Pero no había podido resistir la tentación de presenciar el posible reencuentro entre Darcy y su padre.

—Buenas noches, señor McKenzie —le dijo el maitre—. Nos alegra verlo otra vez.

Era la segunda vez en una semana que iba a comer allí. Se estaba convirtiendo en un cliente habitual.

—Gracias. Mi secretaria ha llamado para reservar una mesa para uno —además, últimamente siempre cenaba solo.

—Sí. Le hemos reservado la misma mesa del otro día, ¿le parece bien?

—Perfecta —dijo Logan—. Y esta vez trataré de estar aquí durante toda la cena.

—Nos explicó su primo que había tenido una llamada inesperada.

«Gracias, Fergus», pensó Logan.

— ¿Está Darcy, quiero decir, la señorita Simon aquí esta noche? —le preguntó al maitre una vez que se hubo sentado y tuvo un menú en las manos.

Durante unos segundos el hombre se tensó, pero pronto recobró la compostura, aunque no la sonrisa.

—Sí, la señorita Simon está aquí, señor McKenzie. ¿Quiere que la avise?

— ¡No! No... —repitió Simon—. Solo me preguntaba si estaba aquí esta noche. Gracias.

¡Darcy estaba allí!

— ¿Desea algo de beber, señor? —le ofreció el maitre.

—Whisky, por favor.

— ¿Con agua y hielo?

¿Por qué aquel tipo no se largaba de una vez y lo dejaba solo?

Una vez sentado allí, en la mesa, se había dado cuenta del error de táctica que había cometido.

Podría haber telefoneado para sabe si Darcy estaba en el

restaurante. No tenía por qué haberse ido a cenar solo.

Iba a ser muy duro pasar toda la noche sabiendo que Darcy estaba a solo unos metros de distancia y que no se iba a dignar ni a salir a saludarlo.

No estaba acostumbrado a que las cosas fueran así. Normalmente era él quien despreciaba a las mujeres con las que había tenido una relación. Solo que, además, no había tenido relación alguna con Darcy, no una relación sentimental. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

—Solo —respondió Logan y ordenó la cena.

Cuando le trajeron la comida, no pudo disfrutarla como era debido. No dejaba de pensar que Darcy estaba trabajando en la cocina y cada vez que se abría la puerta trataba de verla.

¡Aquello era ridículo!

¿Por qué se sentía tan incómodo? No había hecho sino decirle a Darcy la verdad. Además, si estaba de vuelta en el restaurante eso significaba que se había reconciliado con su padre. Debería estarle agradecida.

Pero Logan sabía que no lo estaba. Pensaba de él que era un bruto y un egoísta.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Había estado tan sumido en sus propios pensamientos que no se había dado cuenta de que Darcy había salido de la cocina, y que había ido mesa a mesa, saludando amablemente a los comensales.

¡Hasta que lo había visto a él y se había dirigido como una flecha hasta su mesa!

Logan dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

—No era lo que tenía en mente cuando te he invitado a cenar, pero puesto que no hay otro modo de verte, tendré que conformarme.

Ella se ruborizó, no se sabía si de vergüenza o de rabia.

—Espero que no vayas a montar otro numerito en el restaurante de tu padre —dijo él con sorna—. Dos veces en una semana sería excesivo. La gente va a empezar a venir aquí por el espectáculo y no por la comida.

Ella respiró profundamente haciendo obvio que tenía ciertas dificultades para mantener la calma.

—No voy a montar ninguna escena —respondió ella finalmente

—. Solo te he preguntado qué haces aquí.

—Supongo que lo mismo que todo el mundo —dijo mirando a los demás comensales—. Cenar.

Ella se puso en jarras.

—Pero, ¿por qué aquí? —le preguntó ella—. ¿No será que has venido a fisgonear?

—Sonríe, Darcy. La gente está empezando a mirarte.

—Que miren. Contrariamente a lo que mi padre y tú creéis, no soy una azafata que sonríe siempre a gusto de los demás.

—Bueno, yo habría dicho que eres...

—Logan —lo interrumpió ella con un tono de advertencia.

—No está mal, esperaba que te dirigieras a mí por algo mucho peor que mi nombre —dijo él y ella se limitó a mirarlo con el ceño fruncido. Aquello era prometedor. Después del modo en que lo había tratado por teléfono, a Logan le parecía que la situación era mucho más favorable de lo que habría esperado—. ¿Tienes unos minutos para sentarte aquí conmigo a tomar una copa de vino?

— ¡Sentarme contigo! —dijo ella a punto de explotar—. Si agarrara una copa de vino, seguramente te la echaría por la cabeza, no creo que me apeteciera beber en tu compañía.

Aquella volvía a ser la Darcy que él conocía, y... ¿Y qué? Logan no tenía ni idea. Pero sí sabía que desde que ella había aparecido, la noche se había animado milagrosamente. Darcy tenía una cosa especial: nunca se aburría con ella.

En todas sus relaciones con mujeres, íntimas o no, siempre acababa aburriéndose de ellas después de unas pocas citas...

—Sería desperdiciar un buen rioja —levantó la copa y dio un sorbo—. Es un vino excelente. ¿Seguro que no quieres tomarte una copa conmigo?

—Más que segura. Tengo que volver a la cocina. Gracias a ti y a tu madre, tengo más trabajo del que puedo hacer.

—Bueno, veo que el restaurante está lleno esta noche —murmuró él, mirando de un lado a otro—. Pero no veo qué es lo que ni mi madre ni yo tenemos que ver en esto.

— ¿De verdad? —había un claro tono sarcástico en su voz. Darcy agarró una silla y se sentó frente a él. Se inclinó con la mirada fija en sus ojos—. Sin duda tú advertiste a tu madre de que estaba cometiendo un error casándose con mi padre.

—Yo...

—Déjame terminar, por favor —dijo ella con un gesto que indicaba que estaba a punto de estallar de rabia—. Tu madre ha decidido abandonar a mi padre y este ha decidido que necesita alejarse de todo una temporada: de mí, del restaurante, así que...

— ¿Quieres decir que tu padre no está en la cocina?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Entonces, ¿quién...? —la miró intrigado—. ¿Eres tú la que ha cocinado todas estas cenas?

Ella pareció desconcertada por su tono.

— ¿Es que algo te ha parecido mal?

— ¡No, no, claro que no! —le aseguró él.

La verdad era que la comida le había parecido más que deliciosa. Solo que no se había imaginado que Darcy pudiera cocinar así de bien. Siempre había creído que, cuando se decía ayudante de su padre, se refería a pelar las verduras y cosas así, pero no a aquello...

El hecho de que Daniel Simon no estuviera en la cocina también justifica-ba el extraño comportamiento del maitre al preguntarle por Darcy. Aunque todo el personal del restaurante hacía lo imposible porque pareciera que todo funcionaba con normalidad, en realidad no era así.

—Ya te dije que me había formado como chef —dijo Darcy.

Sí, era cierto.

—Pero eres muy buena —dijo él—. No podría ni haberme imaginado que no fuera tu padre el que estuviera en la cocina hoy.

—Quizás sea porque él fue uno de mis maestros —le explicó ella.

—Un gran maestro. ¿Dónde está ahora?

Darcy se apoyó en el respaldo. Los labios empezaron a temblarle mientras hablaba.

—No tengo ni idea —contestó—. No ha querido decírmelo.

Logan la miró fijamente. En dos ocasiones abrió la boca para hablar y en dos ocasiones la volvió a cerrar.

Otro poder que tenía Darcy sobre él: la capacidad de dejarlo sin habla.

+ + +

¿Por qué Logan no decía nada, cualquier cosa?

La sorpresa de verlo en el restaurante se había visto una vez más superada por la necesidad de decirle exactamente lo que pensaba de él. Lo había hecho, pero no había recibido ningún improperio en respuesta.

Había sido un día espantoso: primero, la conversación telefónica que había mantenido con él, luego la visita a su padre en la que le había dicho que quería alejarse de todo y que tenía que ocuparse del restaurante. Aunque había tratado de persuadir a su padre de que huir no iba a solucionar las cosas, él se había negado a escuchar. Había sido imposible convencerlo para que se quedara.

De modo que había aceptado la responsabilidad de llevar el restaurante, pero no estaba en absoluto contenta con aquella situación, ni con el papel que Logan McKenzie estaba jugando.

— ¿Por qué no dices algo? —le preguntó ella.

—Porque no sé qué decir.

— ¡Vaya, será la primera vez! —protestó Darcy.

—Insultándome no vas a arreglar nada.

—No, pero me hace sentir mucho mejor —reconoció ella.

—A pesar de todo, eso no va a traer a tu padre de vuelta de donde quiera que se haya ido a curarse las heridas.

— ¡Heridas que tu madre le ha hecho! —lo acusó Darcy, con las mejillas enrojecidas—. Ella ha sido la primera mujer a la que mi padre ha mirado desde que mi madre murió.

Logan la miró fijamente.

— ¿No crees que deberías haber pensado en eso antes de lanzarle tu ultimátum?

—Yo no…

—Dejaste tu trabajo y su casa porque se iba a casar con ella. ¿No es un modo de decirle que eligiera entre ella y tú?

Se quedó repentinamente pálida.

—Yo, yo… —el labio inferior comenzó a temblarle—. Si me disculpas…

Se levantó y se encaminó directamente a la cocina.

En cuanto atravesó la puerta se sintió aliviada. Pero, a pesar de todo, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

El personal de la cocina la miraba desconcertado, pero ella les

indicó con la mano que no era nada.

De pronto, sintió unos brazos masculinos que la rodeaban y un torso musculoso sobre el que apoyó la cara. Era Logan. La había seguido.

—Esto está empezando a convertirse en un hábito —dijo él y, segundos después, sacó un pañuelo del bolsillo.

Darcy lo aceptó y lo usó para enjugar sus lágrimas.

Había intentado durante toda la noche no pensar en su padre y el motivo de su partida. Pero al hablar con Logan había tenido que recapacitar una vez más sobre lo sucedido, y sobre cómo se había alejado no solo de la situación, sino también de ella.

Había optado por transformar su tristeza en rabia contra Logan...

De acuerdo, puede que él tampoco estuviera a favor de aquel matrimonio, pero dudaba mucho de que tuviera poder suficiente como para hacer que su madre cambiara de opinión.

Margaret Fraser había tomado aquella decisión ella solita. Y, por mucho que odiara admitirlo, la oposición que ella había puesto a aquel matrimonio podría tener parte de la culpa.

—Darcy... —dijo una de las camareras al verla en brazos de Logan. No se había dado cuenta de que el resto del personal sencillamente trataba de evitar mirarlos—. Siento interrumpir, pero a la pareja de la mesa número diez le ha gustado tanto tu crema de espinacas que quieren repetir.

Logan miró a la pobre chica con un gesto agrio.

—Diles a los de la mesa diez...

—No, está bien —dijo Darcy, apartándose de él y mirándolo con una sonrisa—. Dame un par de minutos, ¿de acuerdo? —le dijo a la chica antes de volverse a Logan—. Tengo que seguir con mi trabajo. Yo...

—Terminaré de comer y luego te esperaré para acompañarte a casa —afirmó él con determinación.

Darcy tuvo que admitir que no quería tener que irse sola a una casa vacía. Pero la idea de que Logan fuera el que la acompañara no se le hacía muy apetitosa tampoco.

—Mi propuesta no es negociable —le dijo él al ver su expresión —. Todavía tenemos cosas de las que hablar.

No había pensado en negociar. Su intención había sido decir

claramente que no. Pero una mirada a su gesto decidido fue suficiente para saber que no tenía sentido que se pusiera a discutir. Y no podía malgastar su tiempo.

Ella asintió.

—Saldré de aquí a eso de las doce y media.

—Muy bien —dijo él antes de regresar al restaurante.

Darcy respiró y se volvió hacia sus ayudantes de cocina.

—El espectáculo ha terminado —dijo—. Tenemos un montón de clientes hambrientos.

La verdad era que su cabeza no estaba precisamente centrada en su trabajo, y la reaparición de Logan a eso de las once, una vez finalizada su comida, no ayudó.

La mayor parte del personal ya se había ido a casa, y ella estaba preparando los últimos postres y recogiendo.

Logan se sentó en un taburete a esperar sin mediar palabra, pero Darcy no podía obviar su insistente presencia.

—No voy a tardar mucho más —le dijo ella a eso de las doce, cuando los últimos clientes se marcharon y apenas si quedaba nadie ya.

—Tranquila —dijo él—. Yo no me voy a ninguna parte.

Sin duda estaba dispuesto a esperarla y a acompañarla a su casa, para hablar, según decía. Pero, ¿qué quedaba por decir? Ella estaba empezando a aceptar que no estaban en bandos opuestos, pero tampoco estaban en el mismo.

Además, mal que le pesara, todavía recordaba el modo en que la había besado hacía tres días y eran demasiadas cosas por asimilar y conciliar…

Capítulo 7

LOGAN permaneció intencionadamente en silencio durante el trayecto en coche hasta su casa. Darcy tenía un aspecto realmente cansado, y a Logan lo preocupaba. Sentía rabia de que su padre la hubiera dejado a cargo del restaurante. Él era el responsable de su negocio, no ella. No tenía derecho a marcharse así y esperar que Darcy se ocupara de todo.

— ¿Quieres un café? —le ofreció ella en cuanto llegaron a casa. Encendió la luz y lo condujo a la cocina.

—No quiero que tú lo prepares —dijo él con decisión—. Lo que quiero es que te sientes. Tú ya has servido a bastante gente por esta noche. —le sacó el taburete que estaba debajo de la mesa—. No sabía que llevar un restaurante supusiera tanto trabajo —comenzó a buscar lo necesario para hacer un café instantáneo.

Darcy sonrió.

—Normalmente trabajan dos chefs en la cocina, pero era la noche libre de David, el otro chef y...

—Y como tu padre ha desaparecido de esa manera, te ha tocado a ti cargar con todo —Logan terminó la frase por ella.

—En realidad iba a decir que no me parecía justo pedirle a David que trabajara en su día libre —lo corrigió Darcy.

—No me parece justo que tu padre desaparezca de este modo, dejándote a ti toda la responsabilidad. —le dijo Logan indignado—. Es solo un compromiso roto, no el fin del mundo.

Dejó la taza de café delante de Darcy, antes de sentarse a la mesa.

Ella lo miró durante unos segundos antes de contestar.

— ¿Alguna vez has estado enamorado, Logan?

El se apoyó en el respaldo y la miró incapaz de ocultar su sorpresa. Nunca nadie le había hecho una pregunta semejante, ni siquiera Fergus, que era casi como su hermano.

— ¿Y tú? —Logan respondió con una pregunta defensiva.

Darcy sonrió ligeramente.

—Una vez —dijo ella—. Pero no creo que se pueda tener en cuenta.

Logan no estaba de acuerdo. Se preguntaba de qué tipo de hombre se habría enamorado, si habría sido recíproco, y si todavía seguiría presente en su vida.

—Yo tenía nueve años —le dijo ella—. Él tenía diez.

Logan se sintió como un necio al oír su aclaración. ¿Por qué le había preocupado tanto que le dijera que había estado enamorada de alguien?

—Era un hombre mayor que tú —bromeó él tratando de emular su estado de ánimo—. Así que debías de ir en serio.

—Sí —sonrió ella—. Pero no creo que me sirva para entender exactamente lo que está pasando mi padre.

Probablemente tuviera razón. Logan tampoco podía comprender lo que sucedía. Nunca había estado enamorado, ni siquiera a los nueve años.

A pesar de todo, seguía pensando que Daniel Simon no había perdido gran cosa quedándose sin su madre.

Dos días atrás había escuchado a Margaret no sin cierta sorpresa, y quizá aquello le había servido para entender un poco más lo que estaba sucediendo. No obstante, habían pasado demasiadas cosas para que la creyera del todo.

Logan se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que lo superará.

Darcy lo miró preocupada.

—Ojalá yo pudiera tener esa misma confianza. Quizás si yo pudiera hablar con tu madre...

— ¿Para qué? —preguntó él desconcertado—. Hace dos días no podías ni verla.

Darcy hizo una mueca.

—Pero quizás estaba equivocada respecto a ella. He estado pensando mucho sobre todo esto. Si mi padre realmente la ama...

—Tú misma dijiste que no la amaba, que no podía saber lo que sentía cuando solo hacía tres semanas que la conocía —le recordó Logan. Él conocía a su madre desde hacía treinta y cinco años y no estaba seguro de quererla.

Darcy suspiró.

—Yo quería que se rompiera este compromiso, pero ahora que ha sucedido no puedo soportar ver a mi padre tan triste.

—Es mejor un breve desencanto que una infelicidad de por vida.

Darcy lo observó unos segundos.

—Realmente nunca has estado enamorado, ¿verdad?

—Simplemente dudo que el enamoramiento sea una buena base para establecer una relación de por vida —respondió él.

— ¿Qué otra base propones tú? —le preguntó ella confusa.

—No tengo ni idea. ¡Aún no he visto ni una sola relación que funcione! —dijo él.

Su madre siempre le había dicho que su matrimonio con su padre había sido feliz, pero él había sido por aquel entonces demasiado pequeño para apreciarlo. El segundo matrimonio de Margaret había sido una continua batalla campal.

Hacía mucho tiempo que había decidido que no quería casarse y no podía concebir una situación que pudiera hacerle cambiar de opinión. No pensaba que el amor fuera motivo para el matrimonio. Pensaba que el amor te hacía vulnerable, te dejaba expuesto a los caprichos y deseos de otra persona. No era un sentimiento que Logan quisiera experimentar.

Los ojos de Darcy se oscurecieron.

—Eso me resulta muy triste.

— ¡Eh! —dijo él, afectado por su cambio de ánimo—. No estamos aquí para discutir mi punto de vista sobre el amor y el matrimonio. Estamos aquí para tratar de tu padre.

Pero su comentario, lejos de levantar el ánimo de Darcy lo ensombreció aún más.

—Realmente me gustaría hablar con tu madre —le dijo con firmeza—. ¿Crees que podría ser?

Logan prefería que Darcy no conociera a su madre.

— ¿Para qué?

Ella lo miró confusa.

—Sinceramente, no lo sé. Pero tengo la extraña sensación de que el hecho de que las dos queramos a mi padre nos une de algún modo.

—Se te olvida que mi madre ha roto el compromiso —le recordó él—. No me parece la acción de una mujer enamorada.

—Necesito saber con certeza sus motivos y si tiene algo que ver conmigo…

—Si así fuera, ¿qué puedes hacer en cualquier caso? —preguntó Logan, aún inseguro sobre la afirmación de su madre de que no se

casaría con Daniel Simon si eso dañaba la relación con su hija. Porque creerla implicaría creer en el arrepentimiento que le había confesado sentir por todos los errores cometidos y que le habían llevado a estropear la relación con su hijo—. Mi madre es una persona a la que no suelen afectarle las necesidades y los deseos de otros.

A Logan no le gustó el modo en que Darcy lo miró. Se dio cuenta de que había dejado entrever demasiado resentimiento y dolor.

Aquella mañana, Margaret lo había llamado para informarle de la ruptura. Su primer pensamiento había sido llamar a Darcy para hacérselo saber. Había esperado una respuesta alegre y feliz. Pero su reacción y aquella inesperada petición de ver a su madre era más de lo que él podía enten-der. Las reacciones de las mujeres eran un verdadero misterio para él.

Darcy continuaba mirándolo fijamente.

— ¿Me vas a presentar a tu madre o tendré que encontrar otra vía de acceder a ella?

— ¿Por qué no puedes aceptar que se ha terminado y alegrarte de que así sea? —le preguntó él.

— ¿Lo harás? —insistió Darcy, ignorando por completo sus palabras.

Logan se levantó bruscamente.

— ¡No, no voy a hacerlo! ¿Por qué no puedes dejar las cosas como están? Mi madre seguirá actuando, tu padre superará el desengaño y tú...

—No descansaré hasta que haya hablado con tu madre —dijo ella.

Logan la miró fijamente. Aquella mujer era realmente cabezota... tan cabezota como él.

Su rabia empezó a disolverse al darse cuenta de tan incómoda afinidad.

Quizás lo mejor sería presentarle a su madre si eso era lo que quería.

—De acuerdo —dijo él—. Hablaré con ella mañana a ver si quiere recibirte. ¿Satisfecha?

Darcy sonrió, una de esas sonrisas que dejaban a Logan sin respiración.

—Gracias, Logan —dijo Darcy—. ¿Quieres otro café?

— ¿Café? —repitió él con la voz estrangulada. Se volvió hacia él.

—A menos que tengas que marcharte.

Normalmente estaba muy cansada cuando llegaba de trabajar, pero la cadena de acontecimientos acaecidos hasta aquel momento la había alterado y no se sentía capaz de irse directamente a la cama.

Logan, sin embargo, parecía agotado.

Probablemente, parte de su estado se debía a su determinación de ver a Margaret Fraser. Pero no podía evitar sentirlo como una necesidad.

En los últimos minutos había tenido que revisar su opinión sobre Logan. Seguía siendo patente que no quería que su madre se casara con su padre. Sin embargo, sus motivos le parecían distintos a lo que había pensado en un principio. Pues, por los comentarios que hacía, había deducido algo que a sus ojos era espantoso: era su madre la que a Logan no le gustaba. Y si a su propio hijo no le agradaba, ¿qué posibilidades tenía ella de llegar a aceptarla como su madrastra?

— ¿Logan? —dijo ella, que aún esperaba una respuesta a su ofrecimiento de una taza de café.

Él se aproximó a ella.

— ¿Qué demonios me ocurre contigo? —preguntó él.

Darcy lo miró perpleja.

— ¿Cómo?

Logan agitó la cabeza en un gesto de desesperación.

— ¿Por qué cada vez que sonríes siento deseos de besarte?

Ella abrió los ojos sorprendida, pero no hizo nada para evitar que la tomara en sus brazos y la besara.

Puede que él sintiera un impulso incontrolable de besarla cada vez que sonreía, pero ella se derretía cada vez que él lo hacía.

Se agarró a él con fuerza inusitada, como si temiera caerse. Aunque era imposible, pues él la tenía apresada para evitar que se le escapara.

Y a Darcy le gustaba sentir su cuerpo contra el de ella.

Logan comenzó a recorrer sus brazos de arriba abajo, luego su espalda, antes de buscar sus senos. Ella gimió al sentir cómo sus dedos atrapaban un pezón.

Él deslizó la lengua desde su boca hasta sus pechos, calentando con su aliento la tersa y dulce piel de Darcy.

Ella no quería que aquello acabara jamás, quería seguir sintiendo su lengua cálida y húmeda.

La despojó de la camisa y del sujetador.

Se miraron y ella notó las mejillas congestionadas de Logan.

— ¡Eres tan hermosa! —le dijo, mientras sus manos se acoplaban a sus senos turgentes.

Darcy se sentía debilitada por el deseo, notaba su cuerpo caliente y febril.

Deseaba a aquel hombre, quería sentir su cuerpo desnudo, acariciarlo.

Pero en el momento en que ella se atrevió a desabrochar el primer botón de su camisa, él pareció despertar de su repentino encantamiento. Se apartó de ella a toda prisa.

—Creo que esto no es buena idea —dijo, agachándose a recoger su camisa. Se la entregó sin mirarla.

Darcy la agarró consternada y avergonzada.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Qué estaría pensando Logan de ella? Hacía un par de horas lo había estado insultando, y de pronto...

—Será mejor que me vaya —dijo Logan, con una expresión de preocupa-ción. Se pasó la mano por el pelo—. Lo siento, Darcy.

¿Lo sentía?

Darcy no sabía si iba a ser capaz de volver a mirarlo a la cara. Logan la había besado, la había acariciado, la había tocado como nunca nadie lo había hecho antes. ¡La había visto medio desnuda!

—Lo siento de verdad, Darcy —repitió él.

Ya se había puesto la blusa y atado los botones. Después de una breve mirada para comprobar cómo estaba él, ya no pudo volver a mirarlo más a la cara.

—Quizás deberías marcharte, Logan —le sugirió ella, con los ojos fijos en el suelo.

—Sí.

Pero él no se movió. Se quedaron en un incómodo silencio que, finalmente, rompió ella.

—Por favor, vete —le suplicó Darcy.

—Sí —repitió él—. Mañana te llamo... para lo de la reunión con

mi madre.

—Sí, claro — ¿para qué si no la iba a llamar? ¿Para decirle que quería verla otra vez? Para decir que si podían...

Era una necia. Logan y ella procedían de mundos distintos y solo se habían encontrado por la relación que tenían su padre y su madre. Logan jamás la habría mirado en circunstancias normales.

Aunque una pequeña voz le recordaba que ninguno de los dos había sabido de la conexión que tenían cuando se conocieron en la oficina.

Ella se humedeció los labios.

—Será mejor que en el futuro nunca te sonría —bromeó ella, en un esfuerzo por suavizar la situación.

—Sí —dijo Logan—. Te llamaré en cuanto hable con mi madre.

Ella asintió.

—Estaré en el restaurante desde las once de la mañana, preparando la comida del mediodía.

Logan agitó la cabeza de un lado a otro.

—Es un trabajo tremendamente agotador. A este paso voy a tener que volver a cenar a Casa Simón para poder tener una conversación contigo.

Dadas las circunstancias sospechaba que lo mejor sería que no lo hiciera. Todas sus conversaciones acababan mal.

—No creo que mi padre tarde mucho en volver —dijo ella—. Te acompaña-ré hasta la puerta.

—Espero que tengas razón —dijo él—. Ya se te ve agotada.

Estaba más bien destrozada por los acontecimientos. Y en aquel momento, más aún, pues le costaba asumir lo que acababa de suceder entre ellos dos.

Logan no parecía mucho más feliz.

Seguramente se preguntaba por qué la había besado. A pesar de lo que le había dicho durante sus caricias, no era una mujer hermosa y nunca lo había sido. Más bien podría habérsela descrito como cálida y acogedora, pero no hermosa.

Era su sonrisa lo que lo desarmaba. Eso era lo que Logan había alegado en su defensa.

Logan hizo una pausa al llegar a la puerta.

—Cierra bien cuando me vaya —le advirtió—. La verdad es que no me gusta la idea de que te quedes sola en esta casa toda la

noche.

—Lo creas o no, llevo mucho tiempo cuidando de mí misma —le dijo.

Él la miró fijamente.

—Pues, por lo que veo, no lo has hecho muy bien —respondió él.

Darcy respiró profundamente.

—Estoy segura de que a mucha gente le interesa tu opinión, Logan. Pero a mí no.

—Cierra la puerta con llave de todos modos —fue su última frase antes de salir.

Sin esperar a que se metiera en el coche, Darcy dio un sonoro portazo y cerró con llave bruscamente.

Se apoyó sobre la puerta. ¿Cómo podía haber permitido que aquello sucediera? ¡No solo había dejado que la besara, sino que la tocara como ningún otro hombre lo había hecho jamás!

Cada vez que pensaba en el grado de intimidad al que habían llegado, sentía ganas de meter la cabeza bajo tierra.

¡Y ella ni siquiera tenía la excusa de que su sonrisa la provocara!

No sabía cómo se iba a enfrentar a él al día siguiente, además en presencia de su madre.

Capítulo 8

LOGAN no estaba precisamente ansioso de que llegara aquella reunión. Y, en aquella ocasión, no era por su madre, sino por Darcy.

Había hecho lo que ella le había pedido: había telefoneado a su madre tan pronto como había considerado oportuno y había concertado una cita. Por suerte, Margaret parecía estar de un excelente humor y había aceptado sin reparos.

Ojalá él se hubiera sentido igual de bien. Pero después de haberse pasado toda noche despierto, estaba cansado y malhumorado. No había podido dejar de pensar en Darcy y en el modo en que lo afectaba. Lo peor era que no había podido llegar a ninguna conclusión.

No podía culpar solo a su sonrisa. ¡Era absurdo!

Darcy no correspondía al tipo de mujer con el que solía salir: guapa, emocionalmente independiente y con una gran confianza en sí misma.

Solo era hermosa cuando sonreía, lo que no ocurría muy a menudo cuando estaba con él, le faltaba cierta confianza en sí misma y carecía por completo de independencia emocional; ya le había hecho perder otro pañuelo para enjugar sus lágrimas.

Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en ella?

Cerró los ojos durante unos instantes. Una chica de metro y medio con los ojos grises y el pelo como la cola de un zorro no dejaba de estar presente en su pensamiento. Una chica que le había dado una patada en la espinilla y que lo acusaba continua e injustamente de ser culpable de todos sus males. Y si lo pensaba, su vida personal había sido un auténtico desastre desde que la había conocido.

Estaba seguro de que Karen, quien consideraba que su rutinaria existencia carecía completamente de emoción y espontaneidad, habría opinado que Darcy era bueno para él. Pero estaba equivocada. ¡No se sentía bien con aquellos cambios continuos!

—Estás frunciendo el ceño otra vez, Logan —le dijo su madre, mientras la conducía hasta el hotel donde habría de tener lugar la entrevista.

—Es porque no me gusta verme envuelto en tu compleja vida

personal.

Su madre se encogió de hombros.

—Fuiste tú el que concertó esta cita.

—Porque Darcy me lo pidió.

—Ya —murmuró su madre pensativa—. Quizás debería haberte preguntado esto antes pero, ¿conoces bien a la hija de Daniel?

Él la miró con frialdad.

—No —respondió, sin poder evitar que lo asaltara la imagen de Darcy medio desnuda en sus brazos.

Su madre lo miró desconcertada.

— ¿Por qué te has prestado a hacer todo esto?

—Porque no tiene a su padre para que lo haga —respondió él.

Margaret tragó saliva.

—Le he hecho mucho daño a Daniel rompiendo el compromiso.

— ¿Y por qué lo has roto?

— ¿Qué otra opción tenía si tú no querías ayudarme?

Logan apretó el volante.

—No me eches la culpa de todo esto a mí.

—No lo estoy haciendo —dijo ella, tocándole levemente el brazo —. Solo te recuerdo que te dejé bien claro lo que pensaba hacer si la hija de Daniel no nos daba su aprobación.

—Podrías haber hecho lo que siempre haces: seguir adelante y no preocuparte por nadie —dijo él en un tono desagradable.

Su madre lo miró con tristeza.

—Espero que algún día seamos capaces de sentarnos frente a frente y de hablar sobre el pasado como dos adultos —dijo ella y cambió de tema—. Daniel me ha dicho que Darcy es una muchacha equilibrada y amable. ¿Tú qué piensas?

La pregunta lo tomó completamente por sorpresa y se sintió incapaz de dar una respuesta. Pues, realmente, desde su punto de vista, Darcy era temperamental, desequilibrada y para nada amable.

—Creo que deberías esperar a conocerla tú misma —respondió él.

Al llegar y ver a Darcy sentada en la recepción del hotel, Logan pensó que, quizás, aquel encuentro no fuera tan mala idea después de todo.

Nunca la había visto tan hermosa. Se había puesto un traje rojo y una camisa negra que marcaba cada curva de su cuerpo. Con el

pelo suelto, los ojos grandes suavemente maquillados y los labios ligeramente brillantes por el carmín, estaba preciosa.

Al verla así, se dio cuenta de que no era solo su sonrisa la que podía provocar estragos en él.

Quizás lo mejor que podía hacer era presentar a las dos mujeres y dejarlas solas. Porque no estaba seguro de que iba a poder sentarse con su madre al lado y Darcy enfrente tan guapa como estaba y comportarse normal-mente.

Pero, una vez hechas las presentaciones, se quedó e incluso pidió un té cuando el camarero se acercó.

Fue además él quien tuvo que romper el hielo entre Darcy y Margaret.

— ¿Mucho trabajo hoy? —le preguntó a Darcy.

Esta pareció feliz de poder hablar con él, incapaz de mirar a su madre.

—No demasiado —respondió ella.

— ¿Has sabido algo de tu padre? —le preguntó.

—No —respondió ella escuetamente y miró a Margaret por primera vez.

Obviamente quería saber si ella había recibido noticias, pero no se atrevía a preguntarlo. Bueno, si Darcy no lo hacía, lo haría él.

— ¿Y tú, mamá? ¿Has sabido algo?

Margaret Fraser se tomó su tiempo para responder. Cruzó una pierna sobre la otra y lo miró sin emoción alguna.

—Logan, yo… —sonrió al camarero que acababa de llegar y que estaba sirviendo el té.

El joven no podía apartar la mirada de ella y, sin duda, no dejaba de preguntarse si aquella sería la conocida actriz Margaret Fraser.

Logan notó la reacción del muchacho. Llevaba toda la vida viendo lo mismo, hombres que se quedaban fascinados con su madre.

Darcy también lo notó.

— ¿Te sirvo un poco de té? —ofreció Margaret una vez que estuvieron solos.

—Sí —dijo Logan—. Y mientras lo haces, dinos si sabes algo de Daniel o no.

¿Eran imaginaciones suyas o Margaret se había puesto a temblar

al oír que le repetían la pregunta?

Rápidamente, recobró el control, pero a Logan no lo engañó. Puede que fuera una magnífica actriz, pero él la conocía demasiado bien.

— ¿Y bien? —insistió él.

Margaret levantó la cabeza y sonrió a Darcy.

—De niño también era así —dijo—. Insistente. Con nueve meses ya andaba, y empezó a hablar...

— ¡Mamá! —la interrumpió él—. Estoy seguro de que a Darcy no le interesa nada de eso.

Su madre levantó las cejas.

— ¿Son imaginaciones mías o te noto un poco tenso hoy?

—No, no son imaginaciones tuyas. Ya te he dicho que no me gusta verme envuelto en todo esto.

—Entonces, ¿por qué no nos dejas solas a Darcy y a mí?

La mujer se volvió hacia Darcy. Logan también lo hizo. Ambos parecían esperar una respuesta. Darcy hizo una mueca y, finalmente, respondió.

—Lo siento, Logan... La verdad es que no se me había ocurrido pensar que... Supongo que querrás irte. Tendrás un montón de cosas que hacer.

—Bien —Logan dejó la taza sobre la mesa con un sonoro golpe antes de levantarse—. Entonces, me voy.

Sin esperar ningún otro comentario se encaminó hacia la puerta.

Salió de allí tan furioso que casi se olvida de recoger su coche, lo que no hizo sino incrementar su furia. Entre Darcy y su madre habían conseguido crear un absoluto caos en su vida y encima se permitían el lujo de echarlo de aquella reunión.



—No deberíamos preocuparnos por Logan —dijo Margaret Fraser —. Tiene mucho temperamento, lo cual detesta, porque le gusta estar en control de la situación siempre. Pero insisto en que no tenemos de qué preocuparnos, porque se le pasa enseguida.

A Darcy le resultaba extraño estar sentada allí, discutiendo de Logan con alguien que lo conocía tan bien.

—No estoy preocupada, solo un poco triste por lo enfadado que

parecía estar con nosotras.

La madre se rio.

—Yo estoy acostumbrada a eso —le aseguró ella—. Pero no entiendo que pueda afectarte a ti.

La mujer la miró con una pregunta en los ojos: ¿Qué relación había entre Darcy y Logan?

Darcy habría deseado saber la respuesta. La noche anterior... Lo mejor que podía hacer era olvidar la noche anterior. Pero sí podía pensar en que Logan había llamado a su madre para concertar la cita por ella, incluso la había llevado hasta allí. Esa no parecía la acción de un hombre indiferente.

Darcy se había arreglado un poco, se había maquillado y se había vestido de un modo elegante con la esperanza de darle a Logan una imagen distinta a la que él solía ver. Sin embargo, no parecía haberse dado mucha cuenta.

—Logan ha sido, desde el principio, muy amable conmigo —respondió Darcy.

—Lo cual no es frecuente en él —dijo Margaret—. No me mal interpretes. Considero a Logan un hombre amable, cariñoso y considerado, pero tiende a ocultarlo.

Darcy sonrió. Aquella era una descripción exacta del hombre que ella conocía.

—Mucho mejor así —dijo Margaret y también sonrió a Darcy—. Toma un trozo de tarta. Ya nos preocuparemos por nuestra figura mañana. Además, aprovechemos que no está Logan para hacer esto —le dio un mordisco al pastel—. Porque es imposible tomarse un pastel de crema y mantener la compostura —dijo, mientras se quitaba la crema de la boca—. Darcy, yo amo a tu padre de verdad y mucho

La inesperada afirmación hizo que Darcy casi se atragantara con su tarta de chocolate.

Alzó la vista y vio que Margaret estaba mirándola fijamente. Todo fingimiento o falsedad había desaparecido. Sus emociones se veían claras y palpables en su mirada.

Aquella mujer amaba realmente a su padre. Darcy tragó saliva antes de mojarse los labios.

—Logan te ha preguntado algo antes de irse —comenzó Darcy—. ¿Sabes dónde está mi padre?

Margaret respondió con firmeza.

—Sí.

Darcy respiró aliviada.

— ¿Está bien?

—Lo está.

Darcy asintió.

—Eso es todo lo que necesito saber.

Margaret sonrió.

—Logan jamás aceptaría tan fácilmente una respuesta mía.

—No —respondió Darcy—. Pero no tiene el mismo interés que yo en mi padre.

—Logan, además, no me perdona ciertos errores —dijo Margaret —. Mi segundo matrimonio no fue lo que debió ser.

Darcy la miró confusa.

—No creo que...

—Lo que te voy a contar es relevante, Darcy —le dijo la mujer —. Logan tenía once años cuando su padre murió y doce cuando volví a casarme, una edad complicada para que un chico tenga un padrastro —Margaret parecía triste—. Además, no le gustaba nada Malcom y, con el tiempo, descubrí que era recíproco. Mi marido se comportaba como un auténtico bestia con Logan sin que yo me enterara. Así que, cuando Logan cumplió los catorce años, me dijo que nos odiaba y que quería irse a vivir con su abuelo a Escocia. Hasta que pasaron unos cuantos años más de matrimonio no comprendí por qué Logan se había marchado. Para cuando lo entendí ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Jamás me ha perdonado por aquello.

Darcy realmente pensaba que no debían hablar de Logan de aquel modo. Sin embargo, al mismo tiempo, sentía una tremenda curiosidad por entender qué había hecho de él lo que era. Las cosas que Margaret le estaba contando de algún modo respondían a ciertas preguntas que se había hecho sobre él. De pronto comprendía que su empeño por ayudarla respondía a que había pasado por una situación semejante.

La diferencia era que, después de haber pasado un rato hablando con Margaret Fraser se había dado cuenta de que no iba a odiarla como Logan había odiado a su padrastro.

—Él no era más que un niño entonces —trató de disculparlo

Darcy.
Margaret negó con la cabeza.
—Pero, por desgracia, nuestra relación ahora que es adulto no ha cambia-do. Logan siente que lo dejé en la estacada cuando más me necesitaba —Margaret miró a Darcy directamente a los ojos—. Por eso mismo, no estoy dispuesta a interponerme entre Daniel y tú.
Darcy ya se había dado cuenta de aquello. Pero ella no era una niña, tenía veinticinco años y era demasiado mayor para afectar a la vida privada de su padre. Además, una vez que el impacto inicial se había disipado, se daba cuenta de que no debía ser tan egoísta.
—Daniel me dijo que, de habernos conocido en las circunstancias adecuadas, me habrías gustado mucho —afirmó Margaret—. Tenía razón.
Darcy inspiró profundamente.
—A mí me dijo lo mismo —admitió ella—. Y también tenía razón. La próxima vez que hables con él, ¿por qué no le dices...?
—Creo que deberías decírselo tú misma —sugirió Margaret—. Después de que me llamara ayer... Verás, tu padre está ahora mismo en mi aparta-mento. No podía soportar verlo tan triste, así que...
—No hace falta que te justifiques, Margaret —dijo Darcy feliz con las noticias que la mujer le estaba dando—. ¿Sabe que nos hemos reunido?
—No se lo he dicho —respondió Margaret—. Porque sabía que, si lo hacía, insistiría en venir. ¿Te imaginas cómo habría reaccionado Logan ante eso?
Después de haber visto cómo se comportaba con su madre, podía imaginárselo demasiado bien.
— ¿Crees que a mi padre le dará un infarto si me ve aparecer por tu casa? —le preguntó a Margaret.
—Seguramente. Pero se recuperará en cuanto... —la mujer se interrumpió como temerosa de lo que estaba a punto de decir.
—En cuanto vea que tenéis mi aprobación —dijo Darcy—. Margaret, jamás debería haberme opuesto a vuestro matrimonio, ni aun cuando tú hubieras sido realmente inadecuada, que no lo eres.
—Ojalá Logan pudiera entender las cosas así también.
¡Logan!
Darcy se dio cuenta en aquel instante, no sin cierto desconcierto, que iba a convertirse en su hermanastro.

¿Cómo reaccionaría cuando se enterara?

Capítulo 9

LOGAN no tenía ni idea de qué estaba haciendo allí de pie en la puerta de Casa Simon a las once y media de la mañana.

El día anterior, cuando había dejado a Darcy y a su madre en el hotel, se había sentido absolutamente furioso y se había hecho el firme propósito de que no volvería hablar con ninguna de las dos en el futuro. Pero según iban pasando las horas sin que hubiera oído noticias de ninguna de las dos, la furia iba transformándose en curiosidad.

Se preguntaba si las dos mujeres habrían acabado odiándose o si habrían llegado a algún tipo de acuerdo.

Sin embargo, la curiosidad no era tal como para concertar un encuentro con su madre. Por eso había preferido ir al restaurante a la hora en que Darcy estaría en la cocina haciendo los preparativos para servir las comidas.

Desde fuera podía intuir que alguien se movía dentro, pero no tenía la certeza de quién era.

Finalmente, se decidió a llamar. Golpeó la puerta y esperó, pero no obtuvo respuesta. Llamó por segunda vez y entonces sí notó que alguien se aproximaba y giraba la llave.

—Lo siento, pero no está abierto... —la educada sonrisa de Daniel Simon se desvaneció al reconocer a Logan—. ¿Tú?

Logan hizo una mueca, igualmente desconcertado. Había esperado ver a Darcy, no a su padre.

— ¡Ha vuelto!

—Sí, así es —dijo él.

—Menos mal, porque Darcy estaba totalmente deshecha por su ausencia —dijo Logan.

—Creo que eso es asunto de mi hija y mío exclusivamente.

—No estoy de acuerdo. Usted...

—Logan, ¿qué quieres exactamente?

Logan se calló. Lo último que había esperado había sido tener que enfrentarse con Daniel Simon. Pero ya que estaba allí, no iba a dejar de hacer lo que se había propuesto.

—He venido a ver a Darcy —dijo.

Daniel Simon asintió y abrió la puerta para que Logan pudiera

entrar en el restaurante.
—Está en la cocina —le dijo—. Pero, Logan... por favor, no hagas ni digas nada que la pueda alterar o entristecer.
Su tono algo amenazador colmó la paciencia de Logan.
— ¡Yo! —explotó él—. ¡Esto sí que es bueno! No creo que fuera yo el que hace solo unos días lanzara la bomba de su futuro matrimonio sobre ella. Tampoco he sido yo el que...
—Logan, una vez más te repito que ese es un asunto entre ella y yo. Pero, puesto que yo creo que esto tiene también mucho que ver con tu madre...
—No estábamos hablando de ella.
—Pues yo creo que sí —afirmó Daniel que no estaba dispuesto a dejarse contrariar—. Creo que ya es hora de que le permitas vivir. ¿O piensas seguir durante el resto de tu vida haciéndole pagar el error de su segundo matrimonio?
Logan hizo una mueca de disgusto.
¿Cómo se había atrevido su madre a hablarle de los sentimientos de Logan a un extraño?
—Pues yo creo que todo eso es asunto mío y de mi madre.
Sin decir más, se encaminó hacia la cocina.
Darcy estaba de espaldas a la puerta cuando él entró, pero debió de oír el vaivén de la puerta y supo que había entrado alguien.
— ¿Puedes traerme unos huevos del frigorífico? —dijo sin darse la vuelta.
Había un enorme refrigerador en la pared más cercana a la puerta. Logan se dirigió hacia él y sacó una caja de huevos. Se acercó a Darcy y la dejó junto a ella.
—Gracias, yo... —se detuvo de golpe al ver que era Logan quien estaba a su lado—. Lo siento, pensé que eras mi padre.
Se ruborizó por completo.
La expresión de Logan se endureció al oír mencionar a Daniel Simon.
—Pues no —respondió él—. ¿Cuándo ha regresado?
—Anoche —contestó ella en un tono extraño—. ¿Te importa si sigo preparando esto? Lo necesitamos para la comida y...
—Darcy, estás temblando.
—Yo... estoy nerviosa porque tenemos mucho trabajo.
—Pero pareces más contenta.

—Lo estoy —respondió ella—. ¿Has visto a mi padre?

—Ha sido él quien me ha abierto la puerta. ¿Ha regresado definitivamente o solo hasta que consigas más ayuda?

Darcy agarró una sartén, la puso al fuego y lo miró.

— ¿Por qué no me preguntas lo que realmente quieres preguntar?

Logan la miró fijamente.

— ¿Qué se supone que significa eso?

—Que quieres saber si tu madre y yo pudimos solventar nuestras diferencias, pero no te atreves a preguntarlo.

— ¿Y bien? —se apoyó sobre uno de los muebles y se cruzó de brazos—. ¿Cuál es la respuesta?

Darcy lo miró de reojo.

—De momento solo te diré que no ha habido lesiones —dijo ella.

Logan pensó que el único que había salido herido había sido su orgullo por el modo en que lo habían apartado de la conversación el día anterior.

Asintió y continuó preguntando.

— ¿Y tu padre? ¿Dónde se había metido?

—No se lo pregunté —respondió Darcy rápidamente, mientras agitaba el contenido de la sartén.

— ¡No se lo preguntaste! ¿Por qué no?

En circunstancias similares, habría sido lo primero que él habría querido saber.

Ella se encogió de hombros.

—Porque no es asunto mío —contenta con la consistencia de lo que acababa de hacer, vació el contenido en un plato.

Logan no estaba de acuerdo con aquella apreciación, pero la determina-ción de Darcy le dijo que era absurdo discutir.

Él inspiró profundamente.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a tratar esto desde otro ángulo. ¿Qué...?

Un timbre lo interrumpió.

—Espera un momento —Darcy abrió la puerta del horno y sacó una doce-na de bases de hojaldre—. Perfectas —dijo satisfecha.

Logan frunció el ceño.

— ¿Los postres también se hacen aquí?

—Por supuesto —dijo Darcy ligeramente indignada—. Cualquier chef que se precie hace sus propios postres.

A pesar de que Darcy hubiera elegido desarrollar su carrera profesional en otro campo, Logan se había dado cuenta de que era una extraordinaria cocinera. Eso, acompañado de su gran lealtad y cálida personalidad, garantizaba que, en el futuro, sería una maravillosa esposa.

Logan se sorprendió de aquel inesperado pensamiento. ¿Qué le importaba a él qué tipo de esposa fuera a ser?

— ¿Te importa que use la batidora para montar estas claras? —puso en marcha el aparato sin esperar a su respuesta.

A Logan no lo molestó particularmente, pues bastante desconcierto tenía

ya con la directriz que había tomado su pensamiento.

Había ido hasta allí para comprobar que Darcy estaba bien. Por lo que es

taba pudiendo comprobar, estaba perfectamente, así que no tenía más

motivos para quedarse.

No obstante cuando Darcy paró la batidora el silencio fue gratificante

—Ya está —dijo ella—. Ahora, ¿quieres un café? Puedo terminar el meren-gue dentro de un momento.

Darcy sonrió y Logan se tensó.

— ¡Lo siento! —dijo ella—. Se supone que no debo sonreír.

Logan se sintió como un estúpido por haber reaccionado tan evidentemen-te.

—No quiero café, gracias. Solo venía a comprobar que la reunión de ayer no había tenido consecuencias negativas. Todo parece estar perfectamente en orden.

De hecho, todo gozaba de tanta normalidad que él no hacía sino estorbar. Al menos, eso era lo que sentía.

Darcy lo miró algo desconcertada.

Sin la ayuda de Logan y el encuentro con Margaret Fraser la situación entre su padre y ella habría seguido siendo intolerable.

Lo mínimo que le debía era una explicación de lo que había sucedido el día anterior en el hotel. De hecho, seguramente lo mejor sería que se lo conta-ra todo ella, sin esperar a que tuvieran que

hacerlo ni Margaret ni su padre.

—Por favor, quédate a tomar un café —le suplicó ella—. Ya está hecho. No tengo más que servírtelo.

A ojos de Darcy se hizo obvio que Logan estaba manteniendo una auténti-ca batalla interior. No le cabía duda que una parte de él estaba enfada con ella y con su madre. Su reacción en el hotel lo había hecho más que evidente. Pero la otra parte lo había instado a aparecer por allí, lo que indicaba que quería saber lo que estaba sucediendo. Le constaba que Logan era un hombre que no se sentía cómodo si no estaba en control de la situación y aquello se le había escapado incluso más de lo que podía imaginarse.

—De acuerdo, me tomaré un café —aceptó él—. Pero no puedo quedarme mucho tiempo. Tengo una comida a la una.

Lo que en otras palabras quería decir: date prisa que ya he perdido demasiado tiempo contigo.

Darcy no pudo evitar preguntarse con quién sería aquella comida, si sería con una mujer.

Después de todo, aunque Logan la hubiera besado, nunca habían pasado toda una noche juntos, y lo más probable sería que hubiera una mujer en su vida...

Aquel pensamiento le resultó tan desagradable que las tazas empezaron a temblarle en las manos de tal modo que no se atrevía a llevarlas a la mesa por temor a derramar el líquido.

De pronto se dio cuenta. ¡Estaba enamorada de Logan McKenzie!

¡Dios santo, él jamás debía enterarse de aquello!

—Pensé que no ibas a tardar —protestó él al ver que se demoraba.

Darcy inspiró profundamente y trató de recobrar el control sobre sus sen-tímientos. Pero no podía soportar la idea de que él llegara a darse cuenta jamás. Sabiendo lo que pensaba sobre el amor, lo más probable era que huyera despavorido si se enteraba de sus sentimientos.

— ¿Una galleta? —le preguntó, incapaz de mirarlo.

Finalmente, se encaminó hacia la mesa y se sentó bruscamente en una silla.

—No, gracias —dijo él secamente—. Bueno, ¿y qué te pareció mi madre?

Ella alzó el rostro.

—Me parece encantadora y muy hermosa…

—Vamos a dejar a un lado la opinión general. Quiero tu opinión sincera.

Darcy dudó.

—Es que no te va a gustar.

Él hizo una mueca.

— ¡Te ha engañado con su papel de pobre mujer incomprendida!

Darcy contuvo su rabia. No quería terminar discutiendo con él.

—No, no me ha engañado —respondió Darcy. A pesar de su buen entendimiento, sabía que no había nadie perfecto y que Margaret tendría sus defectos, como todo el mundo. ¿Es que acaso Logan esperaba que su madre fuera infalible?

Él agitó la cabeza de un lado a otro.

—No puedo creerme que te hayas dejado engañar.

—Logan, lo que yo crea o deje de creer, lo que yo piense o deje de pensar, es irrelevante. Lo que he comprendido es que mi opinión no cuenta en todo esto —aquella era la conclusión a la que había llegado después de la dolorosa experiencia de los últimos días.

—No me digas que tu padre sigue pensando que es maravillosa a pesar de haber roto el compromiso.

—Mi padre no es el estúpido que tú crees que es —dijo ella.

Darcy y su padre habían hablado largo y tendido después de que Margaret la hubiera llevado hasta su apartamento. Darcy había visto claramente que su padre sabía perfectamente lo que estaba haciendo y que amaba a la otra mujer a pesar de sus defectos. La actriz lo correspondía claramente.

—Creo que debes saber que están comprometidos de nuevo —le informó ella—. De hecho, se van a casar.

— ¡No puedes hablar en serio!

—Sí —afirmó Darcy.

—Pues que no esperen mi enhorabuena.

Darcy bajó la mirada.

—Eso sería pedir demasiado.

—Pero seguro que tú sí se la has dado —dijo él—. Y no hace falta que me digas que vas a ser la dama de honor.

Darcy respiró profundamente.

—Logan, ¿nadie te ha dicho nunca que la amargura no es más

que una forma de autodestrucción?

—No necesito que me psicoanalices.

—Parece ser que no necesitas nada de nadie, pero luego te implicas en todo y con todos, a veces incluso demasiado —dijo ella cada vez más furiosa—. Pues resulta que tú no eres el único ni el más importante jugador en este juego, ni yo tampoco —algo que le había resultado muy doloroso al descubrirlo—. Así que, ni tu opinión ni la mía son particular-mente importantes en el asunto entre tu madre y mi padre.

—En otras palabras, nuestros padres se van a casar con o sin nuestra aprobación —dijo Logan.

Darcy asintió.

—Pero preferirían tenerla —continuó ella y lo miró expectante.

El permaneció impasible.

—Quizás tú ya estés preparada para jugar a la familia feliz, pero yo no lo estoy.

Ella lo miró fijamente.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Que se casarán sin mi aprobación. De hecho, no tengo intención alguna de asistir a esa boda.

—Logan, creo que no estás siendo razonable...

Logan dejó la taza sobre la mesa con un brusco golpe.

— ¡No veo por qué! ¡Tampoco estuve presente en la primera boda de mi madre!

— ¡Si ni siquiera habías nacido!

—Correcto —confirmó él con frialdad—. Pero estaba muy vivo en la según-da. Ella y Malcom se escaparon para casarse y nos lo dijeron a todos después. Tampoco asistí a esa. Así que no veo razón alguna para cambiar un hábito de por vida.

Darcy se levantó, con el rostro congestionado por la rabia.

— ¡Ya no tienes doce años, Logan!

El permaneció impertérrito en su silla.

—Es igual. Mi respuesta seguirá siendo la misma.

Darcy resopló frustrada.

—Logan, Margaret y mi padre me han pedido que sea uno de los testigos de su boda.

— ¡Qué bonito!

—Y les gustaría que tú fueras el otro —dijo ella.

— ¡Ni en sueños! —Logan se recostó en el respaldo con una medio sonrisa en los labios—. Así que puedes decirles que su estrategia de hacer que fueras tú la que me lo pidiera no ha funcionado.

No se trataba de ninguna estrategia. La decisión de planteárselo ella había sido exclusivamente suya.

—Eres un auténtico cabeza hueca, Logan McKenzie —le dijo realmente indignada.

—Y tú la jovencita más infantil y confiada que jamás he conocido, Darcy Simon —respondió él con total frialdad.

Sin pensar, ella agarró el recipiente en el que había hecho el merengue y se lo derramó sobre la cabeza. Hubo unos segundos de tensión y desconcierto. Luego, lentamente, él se lo quitó, mientras sentía cómo el líquido pastoso se deslizaba por su pelo y por su cara.

La miró aturdido, mientras Darcy se apartaba horrorizada por lo que acababa de hacer.

Le había hecho alguna que otra jugarreta en el tiempo que se conocían, pero tenía la certeza de que no le iba a perdonar aquella jamás.

Capítulo 10

¿QUIERES dejar de reírte, Fergus? No me parece en absoluto divertido —le dijo Logan a su primo que estaba sentado frente a él en un restaurante que, por suerte, no era Casa Simón.

—Lo siento —dijo Fergus—. ¡No puedo evitarlo! ¡Solo con imaginarte con la cabeza llena de huevo crudo…!

Volvió a reírse a carcajadas.

Logan lo miró con el ceño fruncido. Quizás algún día lograra verle la gracia, pero en aquel instante, una hora después del suceso, no le resultaba en absoluto divertido.

Tenía aún demasiado presente la desagradable sensación del pegajoso alimento deslizándose por su cara. Después de unos segundos de desconcierto había pasado a la incredulidad total, hasta concluir que era real lo que estaba viviendo. Había sentido ganas de estrangularla. Pero antes de haber podido hacer nada, la puerta se había abierto detrás de él.

—Me pareció oír voces, y… ¡Cielo santo! —Daniel se había quedado boquiabierto ante la escena—. ¿Qué ha ocurrido?

Logan se volvió y miró al hombre con frialdad, aun sabiendo que debía de estar totalmente ridículo.

—Su hija acaba de recordarme cuál puede ser la consecuencia de enfren-tarse a una pelirroja —dijo finalmente sin humor y volviéndose hacia ella.

Darcy tragó saliva.

—Yo…

—Déjalo —la interrumpió Logan—. Ya es hora de que me vaya —agarró un trapo de cocina y se quitó los restos de huevo—. Espero que tú misma te encargues de informar a mi madre de que no necesitaré una invitación.

Daniel Simon lo miró confuso.

— ¿Vas a actuar como testigo, entonces?

—No pienso ir a la boda. Darcy tendrá la amabilidad de explicar por qué en cuanto me vaya.

—Logan… —dijo Darcy.

Se volvió lentamente hacia ella.

— ¿Sí? —preguntó fríamente.

—Lo siento…

—Yo también —respondió él y se volvió hacia la puerta repitiendo—. Yo también.

Logan se encaminó hacia su casa para darse una ducha antes de su encuentro con Fergus.

—Vamos, Logan, anímate —le dijo su primo—. Si esto le hubiera ocurrido a otra persona, tú mismo estarías riéndote.

—Pero no le ha ocurrido a otra persona —dijo Logan. Darcy Simon lo había humillado claramente y eso era lo único que le importaba.

Su primo agitó la cabeza de un lado a otro.

—Debo reconocer que no me impresionó mucho Darcy cuando la vi el otro día. Me pareció una chica de lo más vulgar. Pero empiezo a creer que puede ser alguien interesante de conocer. Sin duda, es mucho más de lo que parece a simple vista.

—Seguro que tendréis oportunidad de conoceros en la boda de mi madre —dijo Logan y se dio cuenta de que no le agradaba la idea de que su primo trabara «amistad» alguna con ella. Pero no dijo nada. Se limitó a añadir sarcásticamente—. Estoy convencido de que recibirás una invitación para la boda.

No le cabía duda de que su otro primo, Brice, también la recibiría, y resultaba ser aún más atractivo que Fergus, si es que eso era posible. Aquello cada vez le gustaba menos.

—Veo que ya te estás recuperando. Tu ácido sentido del humor empieza a aflorar —dijo Fergus.

Logan sonrió.

— ¿Qué se hace con una mujer como Darcy?

—Debo confesar que nunca he conocido a ninguna igual —admitió Fergus, y Logan pensó que, efectivamente, era única e irrepetible—. Sinceramente, creo que deberías ir a la boda. Aunque solo sea para ofrecer a los asisten-tes un espectáculo inolvidable. Porque está visto que siempre sucede una catástrofe cuando ella y tú os encontráis.

Logan estaba empezando a plantearse también la posibilidad de asistir a la boda, pero no por el motivo expuesto por Fergus.

Sencillamente no quería darles a Fergus y a Brice la oportunidad de aproximarse a alguien tan vulnerable emocionalmente como Darcy. Necesitaba protegerla.

Al menos eso se fue diciendo a sí mismo de camino a la oficina, mientras reconsideraba seriamente su postura de no querer actuar como testigo en la boda de su madre. No estaba dispuesto a dejar a la muchacha a merced de sus dos primos.

—Darcy Simon ha llamado tres veces en tu ausencia, Logan —lo informó Karen al verlo entrar en la oficina.

Logan se detuvo.

— ¿Y? — preguntó impaciente por saber más.

—Y nada —respondió Karen—. Las dos primeras veces no me quiso dar su nombre, pero a la tercera lo hizo y reconocí su voz.

Logan frunció el ceño.

— ¿Dijo que la llamara?

—No —respondió Karen—. Pero parecía un poco... distraída o algo así.

—Si vuelve a llamar, pásamela —le ordenó Logan antes de meterse en su despacho.

Así que Darcy había llamado. Seguramente, lo habría hecho para discul-parse. Pues que esperara un poco. No estaba dispuesto a tranquilizarla ni un ápice devolviéndole la llamada.

+ + +

Logan le había dicho a Darcy que tenía una cita para comer a la una.

Cuando había llamado a las cuatro aún no había aparecido, así que sus sospechas de que no se trataba de una comida de negocios se habían visto confirmadas.

Eran las cinco de la tarde y se sentía realmente mal por todo lo sucedido. Las cosas ya estaban bastante tensas entre ellos antes del incidente, pero tenía la certeza de que no le perdonaría jamás lo que había hecho.

¿Qué demonio la había poseído para comportarse como lo había hecho?

Se había hecho esa pregunta una docena de veces, pero no había dado aún con una respuesta aceptable.

Por eso, no sabía qué le iba a decir cuando volviera a verlo. Sin embargo, creía necesario darle una excusa adecuada.

No dejaba de pensar en el desastre de familia que iban a constituir. Madre e hijo apenas si se hablaban, padrastro e hijastro no tenían, precisamente una amistad y ni decir tenía que entre él y ella no había tampoco una relación fluida.

¡Menudo comienzo para un matrimonio!

—No puedo dejar de pensar en lo que he hecho —le dijo a su padre—. ¿Tú crees que Logan lo olvidará?

Su padre sonrió comprensivo al ver el gesto de preocupación de su hija.

—Sinceramente, dudo que ese muchacho olvide algo —dijo él—. Mira todo el tiempo que lleva manteniendo ese rencor contra Margaret.

Darcy consideraba que aquello había sido distinto. Logan no había sido más que un muchacho de doce años con el segundo matrimonio de su madre, alguien que estaba en pleno inicio de la adolescencia, momento en que había necesitado más apoyo que nunca. En lugar de tener el soporte emocional de su madre, se había encontrado con un desconocido que ha-bía ocupado el lugar de su padre, alguien a quien odiaba y quien lo corres-pondía con idéntico odio. Dada su temprana edad, aquel resentimiento era razonable.

—No creo que sea lo mismo, papá —le dijo con firmeza—. Aquella fue una situación comprensiblemente dolorosa para Logan.

Su padre levantó las manos en un gesto conciliador.

—Pero su madre se va a sentir muy triste cuando se entere de que no piensa asistir a la boda. Puede incluso que decida cancelarla hasta que él dé su aprobación.

Darcy sabía que la mujer era perfectamente capaz de hacerlo. Amaba real-mente a su hijo a pesar de lo que Logan pudiera pensar. Darcy también sabía que su padre no podría soportar aquella incertidumbre una segunda vez.

Para ella había sido realmente doloroso darse cuenta de que su padre se había enamorado de otra mujer solo un año después de la muerte de su madre. Pero ya lo había aceptado y era consciente de cuánto quería a Margaret y de cómo la necesitaba a su lado.

Su padre se quedó pensativo.

—Quizás Margaret no tiene por qué enterarse de momento. Quizás tú puedas convencer a Logan...

—¡Vamos, papá! ¿Cómo voy a convencerle de nada después de

lo que le he hecho?

Su padre se encogió de hombros.

—Todo es relativo. Depende de la provocación que te haya hecho él. Desde mi punto de vista, tenías motivos. También depende de su sentido del humor. Aunque, la verdad es que no he visto muchas trazas de sentido del humor en él, menos aún capacidad alguna para no tomarse a sí mismo en serio.

—La puerta estaba abierta, así que me he permitido entrar —dijo Logan desde la puerta—. Según he oído se estaba valorando mi sentido del humor.

Darcy no daba crédito a sus ojos. Jamás se habría podido imaginar que Logan fuera a aparecer por allí otra vez.

Y, por su gesto, no parecía particularmente satisfecho de que estuvieran hablando de él en aquellos términos.

—Yo más bien de tu carencia de sentido del humor. Le va a partir el corazón a tu madre saber que no vas a ir a la boda —dijo directamente Daniel.

Logan hizo una mueca.

—Para que eso le ocurra, primero debería tener un corazón.

— ¡No, papá! —Darcy se interpuso en el camino de su padre, para evitar que se lanzara contra Logan.

—Ya veo de dónde le viene ese carácter a Darcy —dijo Logan.

—No es fácil razonar verbalmente contigo —respondió Daniel furioso.

—Al menos su hija no me deja marcas visibles. Y, la verdad, no creo que a mi madre le gustara que apareciera en su boda con un ojo morado —dijo en un desagradable tono.

— ¿Debo entender por ese comentario que estás pensando en asistir? —preguntó Daniel Simon.

—Después de pensarlo y pensarlo, he decidido que es una estupidez que me niegue a ser el segundo testigo.

La mano de Darcy abandonó el brazo de su padre y sus ojos se centraron en Logan. ¿Realmente se lo había pensado, o había sido la mujer con la que había comido durante tres horas la que lo había instado a reconside-rar su decisión? Llegó a la conclusión de que, probablemente, la segunda parte sería la más próxima a la verdad. Y, a la luz de lo que había descu-bierto respecto a sus sentimientos por él, la influencia de esa mujer le resultaba algo doloroso.

— ¿Y bien? —Logan la miró.

Darcy se tensó.

— ¿Qué? ¿Es que esperas que te dé la enhorabuena por lo que deberías haber hecho desde el principio?

— ¡Darcy! —la cortó su padre—. Creo que es un acto muy loable por tu parte, Logan.

Le tendió la mano con intención de que Logan se la estrechara. Éste lo hizo brevemente.

—Que seáis felices.

—Lo seremos —dijo Daniel—. Ahora me voy a darle la buena nueva a Margaret.

Ni Darcy ni Logan trataron de impedírselo y lo dejaron marchar.

— ¿Y bien? —volvió a decir Logan.

¿Qué demonios quería de ella, que le pusiera una medalla? Pues andaba listo si eso era lo que esperaba...

—Llamaste a mi oficina, Darcy —continuó él—. Tres veces, según me ha dicho mi secretaria.

Darcy había olvidado por completo aquellas tres llamadas. Y con la confir-mación de que había una mujer importante en su vida, se sentía avergon-zada de haberlas hecho. ¡Podía pensar que lo estaba persiguiendo!

Se encogió de hombros.

—Quería pedirte disculpas.

— ¿Otra vez?

—No estabas muy receptivo cuando te las pedí la última vez.

Él sonrió.

—Tenía los oídos llenos de clara de huevo.

Ella se ruborizó al recordar lo sucedido. No sabía qué le había pasado para comportarse así. Nunca antes había tratado a nadie de aquel modo.

Se preguntó si se lo habría contado a la dama que lo había acompañado durante la comida. Pero ya se sentía suficientemente mal sabiendo que estaba sentimentalmente vinculado a alguien, como para encima imaginar-selo riéndose de ella con esa mujer.

— ¿Qué tal la comida? —le preguntó Logan—. Supongo que les gustó el merengue de limón.

Ella asintió.

—Sí. Tuve que batir unas cuantas claras más.

Logan se rio.

—Asumo que no ibas a usar los restos que habían quedado.

—No había suficiente —dijo ella con una suave sonrisa.

Él miró al restaurante vacío.

—Si has acabado, ¿quieres que te lleve a casa?

Eso no cubría en absoluto lo que ella quería que Logan hiciera por ella. Pero tenía la certeza de que jamás lograría obtener lo que necesitaba de él, aún más sabiendo que había alguien en su vida a quien era capaz de escuchar y hacer caso.

—No, gracias. Ha sido un día agitado y necesito darme una vuelta.

Él la miró fijamente.

— ¿Estás segura?

Darcy ya no estaba segura de nada.

—Sí —respondió a pesar de todo—. Gracias por haber cambiado de opinión respecto a la boda. Como viste, a mi padre le ha hecho muy feliz.

—Espero que tenga el mismo efecto en mi madre.

—Lo tendrá —le aseguró Darcy.

Ninguno de los dos parecía saber qué decir después de aquello. El silencio en la cocina se hizo tan insoportable que Darcy terminó por romperlo.

—Siento realmente lo que ha sucedido antes. Trataré de no volver a acercarme a ti —dijo ella sintiéndose realmente mal y sabiendo que, probablemente, no volvería a ver a Logan hasta dentro de un mes, el día de la boda.

—No creo que sea necesario exagerar —dijo él con una sonrisa.

—Pero quizás sea lo mejor.

— ¿Para quién? —preguntó él.

—Para los dos. Estoy muy contenta de que mi padre y Margaret vayan a casarse. Pero eso no significa que nosotros dos...

—Entiendo —dijo Logan.

Darcy lo miró. ¿Realmente lo entendía? Esperaba sinceramente que no. Ya le resultaba bastante duro amar sin ser correspondida, como para encima pensar que Logan podría haberse dado cuenta.

Pero por su gesto frío y arrogante dedujo que no tenía noción alguna de cuáles eran sus sentimientos por él.

—Nos veremos en la boda, ¿te parece? —dijo ella.

Él asintió bruscamente.

—Sí, parece que nos veremos allí —respondió—. Adiós, Darcy.

Él desapareció por la puerta de la cocina y Darcy se sentó, temblorosa, en uno de los taburetes, mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse por su rostro.

Logan no podía llegar a enterarse jamás de cuáles eran sus sentimientos por él, no debía saber que se había enamorado.

Capítulo 11

LOGAN le dio un sorbo a su champán, mientras observaba a su familia allí congregada. ¿Qué demonios estaba haciendo en aquel lugar?

Era una pregunta estúpida. Lo sabía perfectamente. Habían convencido a su abuelo para que celebrara una fiesta de compromiso para su madre y Daniel dos semanas antes de la boda. Normalmente evitaba aquel tipo de encuentros, pero, en aquella ocasión, estaba allí por una cosa...

Pero, esa cosa, no había aparecido aún.

Después de no ver a Darcy durante diez días, Logan había pensado que la fiesta de compromiso de su padre sería el lugar perfecto para encontrarse-la. Pero pronto anunciarían la cena y ella no se había presentado.

No se le había ocurrido pensar que ella podría no ir. De haberlo sabido, no se le habría ocurrido aparecer por allí.

— ¡Anímate! —le dijo su primo Brice que estaba a su lado—. Puede que este matrimonio nunca tenga lugar —le aseguró, mal interpretando los motivos de su mustio estado.

Pero a Logan ya le daba igual que el matrimonio tuviera o no lugar. Lo único que sabía era que había echado mucho de menos a Darcy durante aquellos diez días y que había creído que iba a poder verla ese fin de semana en casa de su abuelo.

— ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí? —le preguntó a su primo.

Brice sonrió.

—Pensé que la tía Margaret y tú habíais llegado a algún tipo de entendí-miento.

Sin duda eso era un poco exagerado, pero sí había menos hostilidad entre ellos.

—Y así es. Pero eso no quita para que odie estas fiestas en las que la familia no hace sino fingir lo unidos que estamos, cuando es mentira. Incluso me sorprende verte a ti este fin de semana aquí.

Brice solía desaparecer de escena durante meses.

—He venido a conocer a la explosiva Darcy. Me estaba

preguntando cuál de estas bellezas sería.

Logan se tensó.

—Has estado hablando con Fergus, ¿verdad?

Su primo sonrió.

—Sí. Y te aseguro que conocer a esa fiera es lo único, que me ha inducido a venir este fin de semana.

Logan defendió a Darcy.

—Pues no es una candidata para caer en tus redes, primo.

Brice levantó las cejas.

— ¡Jamás se me habría ocurrido pensar que lo fuera! —respondió—. Solo quería conocer a la dama que ha conseguido vencer a mi arrogante primo.

—La arrogancia es, sin duda, un atributo de la familia —le dijo Logan—. Y, lo siento, pero Darcy no ha venido —anunció satisfecho.

—Bueno —respondió su primo.

— ¿Qué quieres decir con ese «bueno»?

—Nada más que «bueno».

Logan frunció el ceño, un gesto que se estaba convirtiendo cada vez en más habitual en él. Pero lo cierto era que no encontraba muchos motivos para reír. Echaba de menos tener a Darcy cerca dándole patadas, lanzándole cosas... Quizás debería haberse sentido feliz de que su vida hubiera vuelto a la normalidad, pero no lo sentía.

—Yo...

—Si me disculpas, Logan —le dijo su primo con la mirada fija en algo que había llamado su atención—. Acabo de ver a alguien a quien me gustaría mirar por segunda vez.

La mayoría de las mujeres que había allí aquella noche merecían ser miradas dos, tres o infinitas veces, auténticas bellezas la mayoría, amigas o conocidas de su madre y pertenecientes al mundo del espectáculo.

Logan agradeció que algo entretuviera a su primo y se lo llevara de su lado. No estaba de humor para aguantar sus sarcasmos.

—Vete —lo invitó—. ¿De quién se trata?

—Acaba de desaparecer, pero... es una Mona Lisa con pelo rojo —murmu-ró Brice antes de atravesar con decisión la sala.

¿Una Mona Lisa con pelo rojo? Logan pensó que esa era la

descripción perfecta de Darcy. ¡Darcy! Era precisamente aquella particular y enigmática sonrisa lo que lo volvía loco.

Trató inmediatamente de buscar con la mirada a la mujer hacia la que se encaminaba su primo, pero la multitud le impedía verla.

¡Tenía que ser Darcy!

Había llegado al fin. Estaba impaciente por...

—Tú eras Logan, ¿verdad? —preguntó una voz de mujer.

Se volvió bruscamente, irritado por la interrupción. Delante de él había una rubia alta y despampanante que su madre le había presentado minutos antes. La mujer le sonreía abiertamente.

En cualquier otra circunstancia, Logan habría respondido gustoso a la invitación que la sonrisa de la actriz le estaba haciendo.

Pero en aquel instante no le interesaba. Temía que su primo estuviera desplegando todos sus encantos y que acabara conquistando a Darcy.

—Eres Fiona, ¿no es así? —dijo él, con la atención aún fija en lo que sucedía al otro lado de la sala.

—Francesca Darwin —lo corrigió la actriz—. Hago el papel de la hermana de Margaret en la serie de televisión que estamos rodando en este momento.

—Ya —dijo él, totalmente ignorante del trabajo de su madre.

—Es maravillosa, ¿verdad? —dijo la mujer, mirando a Margaret Fraser que estaba al otro lado de la sala.

Le pareció que la afirmación no buscaba una respuesta y que, además no tenía respuesta alguna que dar. Logan no quería estar allí, no quería tener aquella conversación. Lo único que le interesaba realmente era qué estaba sucediendo entre Darcy y su primo.

—Lo siento, señorita Darwin...

—Llámame Francesca —dijo ella y continuó la charla—. Este castillo es muy especial —añadió con admiración.

—Lo es —respondió Logan—. Pero yo tengo que...

—Logan —lo interrumpió la voz de Brice—. He traído a alguien para que le digas «hola».

Incluso antes de darse la vuelta Logan ya sabía que se trataba de Darcy, lo intuía, y además podía oler su aroma.

Al verla se quedó admirado.

Llevaba un vestido gris claro que se adaptaba a su cuerpo

perfecto desta-cando lo mejor de él. Una cascada de pelo rojo caía sensualmente sobre sus hombros haciendo que sus ojos parecieran más, grandes y sus labios rojos más sensuales.

De pronto sintió hambre de ella.

—Hola, Logan —lo saludó.

—Hola, Darcy —respondió él.

Le pareció que estaba más delgada de lo que él la recordaba y que tenía unas ligeras ojeras. A pesar de la felicidad de su padre, había algo que la perturbaba, Logan estaba seguro de ello.

Miraba a Francesca interrogante, como si esperara que se la presentara. Pero Logan no estaba para presentaciones. En lo único que podía pensar era en llevarse a Darcy a un dormitorio y hacerle el amor desaforadamente hasta que lograra hacer desaparecer esas ojeras.

—Soy Francesca —se presentó la actriz—. Supongo que tú eres la hija de Daniel.

—Sí —confirmó ella.

—La pobre Darcy se ha pasado quince minutos perdida por el castillo buscando la sala —explicó Brice mientras sujetaba con cierto tesón el brazo de la recién llegada.

Logan sintió unos deseos casi irrefrenables de apartarlo de ella.

— ¿Por qué no me habías dicho que tu primo era Brice McAllister? —le preguntó Darcy con cierto tono reprobatorio, recordando sin duda la pintura del castillo que había visto en su apartamento.

La verdad era que no le había dicho que su primo era el renombrado artista porque no se le había ocurrido pensar que fuera importante. Llevaba toda la vida con Brice y no tenía en cuenta esas cosas. Tampoco prestaba mucha atención a que Fergus fuera un conocido escritor. Los tres hombres eran brillantes en sus respectivos campos, pero para él no eran más que tres primos que habían compartido su vida.

La mirada de Darcy decía que aquella explicación no iba a servirle de nada, ni iba a aliviar la vergüenza que había sentido cuando Brice le había informado de quién era.

¿Es que no iba a acertar nunca a hacer nada a derechas?

+ + +

Logan estaba magnífico.

Darcy se había pasado toda la semana deseando verlo y lamentando que tendría que hacerlo aquel fin de semana.

Su ausencia se le había hecho muy dura, pero temía que la próxima vez que lo viera fuera en compañía de esa mujer que tanto significaba para él.

Y así había sido, allí estaba.

Era Francesca.

Alta, rubia, sensual y hermosa con aquel increíble vestido negro. Era todo lo que Darcy jamás podría soñar ser.

— ¿Es tan importante? —preguntó Logan.

—Bueno... me he sentido realmente estúpida por no saberlo —respondió ella bruscamente.

En aquella familia todos tenían talento y eran importantes: una famosa actriz, un multimillonario hombre de negocios, un excelente pintor... Darcy se sentía realmente fuera de lugar en aquel contexto.

Desde hacía tiempo había imaginado que aquel fin de semana iba a ser difícil. Pero ver a Logan allí, tan guapo y altivo, acompañado de la encantadora Francesca estaba siendo aún más duro de lo que había imaginado.

Menos mal que Brice McAllister parecía tener intenciones de ser amable con ella.

—No le des más importancia, Darcy —le dijo Brice—. Concéntrate en la sugerencia que yo te he hecho antes.

—Supongo que no te habrás insinuado ya —dijo Logan duramente.

Darcy lo miró con el ceño fruncido.

—Tu primo me ha pedido amablemente que pose para él —le explicó ella cuidadosamente. Aunque no se había tomado la propuesta de Brice muy en serio. Seguramente, solo trataba de ser amigable con ella.

Además, ¿quién iba a poder querer comprar un cuadro de ella, aunque fuera un McAllister?

—Eso es maravilloso —dijo Francesca, llena de entusiasmo.

— ¿De verdad? —Logan puso un gesto de mal humor—. ¿Es ese

otro modo de invitarla a tu estudio a que vea tus «bocetos»?

—No —respondió Brice—. Pero si tanto te molesta, puedes acompañarla mientras posa —añadió en un tono de reto.

Darcy frunció el ceño al mirar a Brice. ¿Por qué demonios podía molestarle a Logan lo que ella hiciera?

Quizás Brice solo estaba tomándole el pelo sobre el hecho de que fueran a convertirse en hermanastros, y de que estuviera dispuesto a actuar como su protector.

¡Lo que le faltaba! A sus años no necesitaba un hermano mayor, especial-mente cuando se trataba de Logan.

Por la expresión de Logan se hizo patente que no le gustaban las bromas de su primo.

—No creo que sea necesario —dijo Logan—. Tú...

La llamada para la cena interrumpió la tensa conversación y Darcy suspiró aliviada. Aquel encuentro con Logan estaba siendo mucho más difícil de lo que jamás habría imaginado. Estaba claro que no tenían nada que decirse el uno al otro. Pero solo con mirarlo se daba cuenta de que realmente estaba enamorada sin remedio de él.

En el comedor, se encontró sentada entre Brice McAllister y Logan quien, a su vez, tenía a Francesca al otro lado. ¡Maravilloso!

—¿Qué tal estás? —le preguntó Logan mientras el mayordomo servía el vino.

—Muy bien, gracias —respondió ella un poco tensa y bastante avergonzada por la idea de que lo amaba.

No le había resultado nada fácil sobrevivir a diez días de su ausencia, pero aún le resultaba peor su presencia y una tortura auténtica verlo acompañado de Francesca.

— ¿Y tú? —preguntó ella educadamente.

—Bien también —respondió él—. ¿Vas a aceptar la propuesta de Brice?

Ella inclinó la cabeza y sonrió ligeramente.

—Solo trataba de ser amable conmigo.

Logan hizo una mueca.

—Brice nunca trata de ser «amable» si hay trabajo por medio.

Ella tragó saliva.

—Creo que en este caso sí —insistió.

— ¿Oigo mi nombre usado en vano?

Logan miró a su primo con frialdad.

—Darcy piensa que tu propuesta de pintarla no iba en serio.

—Pues va completamente en serio —le aseguró Brice—. De hecho creo que el retrato de Darcy será el cuadro central de mi próxima exposición.

—Pero quizás a Darcy no le apetezca que la retrates —dijo Logan—. ¿Te gustaría o no?

A Darcy le resultaba increíble que un artista de la talla de McAllister estuviera planteándose pintarla. Pero, como Logan presuponía, no estaba segura de querer estar expuesta ante la curiosa mirada de cientos de personas. Menos aún quería ser motivo de discusión de aquellos dos primos.

—Creo que esto es algo que deberíamos discutir en otro momento —dijo ella—. Además, vuestro abuelo está a punto de proponer un brindis por la feliz la pareja. La cena resultó más agradable de lo que era de esperar. La comida fue estupenda y la compañía de Brice también. Pero la atención que Logan prestaba a Francesca le resultaba insoportable.

Quizás después se fueran juntos a la cama. Aquella idea le produjo un nudo en el estómago que le impidió comer la deliciosa comida.

— ¿Estás a dieta?

Se volvió a mirar a Logan.

—No —le contestó—. Es solo que no tengo hambre.

Él frunció el ceño.

—No te has comido ni el salmón ahumado ni la carne.

Ella se ruborizó al darse cuenta de que había estado más pendiente de ella de lo que había imaginado.

Se encogió de hombros.

—Falta de apetito.

—Vas a empezar tu nuevo trabajo pronto —apuntó él y ella se sorprendió de que lo recordara—. ¿Estás nerviosa? —le tomó una mano.

Fue entonces cuando se puso realmente nerviosa. ¿Qué iba a pensar Francesca?

—No deberías estarlo —continuó Logan—. Estoy convencido de que los niños te adorarán.

Ojalá fuera él quien la adorara. Pero la realidad era que estaba

con otra mujer. Retiró suavemente la mano de la de él. Logan se tensó al sentir que se apartaba.

—Estoy ansiosa por empezar a trabajar —le aseguró ella y era cierto. Así podría pensar en algo que no fuera él.

—Entonces, ¿por qué no comes? ¿Es que todavía estás preocupada por lo de tu padre y mi madre?

—No —dijo ella con una afectiva sonrisa—. Hacen una pareja maravillosa.

—Ya —dijo Logan en un tono seco.

Ella lo miró y frunció el ceño.

—Pero todavía tienes tus dudas.

—No es asunto mío realmente.

No, no lo era. Pero sabía lo que él pensaba del matrimonio, y esa postura la perturbaba.

Miró a Francesca y se preguntó si sabría lo que él pensaba al respecto. Esperaba que sí, porque, de otro modo, se llevaría una gran decepción.

De pronto la asaltó la imagen de Logan casándose con otra mujer y eso la perturbó aún más.

—Yo... —dijo ella confusa.

—Luego habrá un baile —dijo Logan de repente, como si hubiera intuido que ella estaba a punto de poner una excusa para escaparse de allí.

—Darcy me ha prometido su primer baile —intervino Brice, tomándole la mano—. Pero seguro que podrá bailar contigo más adelante.

Darcy se volvió hacia Brice con una mirada interrogante y este le guiñó un ojo en un gesto de conspiración.

¡Brice McAllister se había dado cuenta de que estaba enamorada de su primo! Y, si era así, ¿se lo contaría?

De pronto todo pensamiento de escapar se vio nublado. No podía permitir que Brice se la jugara. Tendría que hablar con él y rogarle que no dijera nada.

—Me parece bien —dijo ella con una gran sonrisa y vio en los ojos de él una mirada pícara de reconocimiento.

—Fantástico —dijo Logan con dureza—. Pero te advierto que tendrás que tener cuidado con los pies de Darcy.

—Estoy seguro de que baila divinamente.

—Son las patadas las que debes temer —dijo.

Darcy sabía exactamente a qué se refería y se ruborizó.

—Dudo sinceramente que Brice vaya a hacer algo para provocar en mí semejante reacción —dijo ella.

—Debo decir, que no veo modo de provocar en una dama tan encantadora sentimientos semejantes —añadió Brice.

—Pues es más fácil de lo que piensas, créeme —dijo Logan con rabia.

Darcy volvió el rostro para que él no viera las lágrimas que asomaban por sus ojos. Aquella relación estaba llena de ira, y parecía ser lo único real que había entre ellos.

Capítulo 12

ES ABSOLUTAMENTE encantadora, Logan —le susurró Brice.

Los dos hombres estaban de pie en el salón principal, observando a las parejas que bailaban en la pista. Darcy y su padre eran una de ellas. Estaban espléndidos, él tan alto y bien parecido y ella tan pequeña y frágil, riéndose de algo que su padre había dicho.

—Lo es —reconoció Logan.

Brice lo miró.

—Entonces, ¿por qué no se lo dices?

— ¿Y por qué demonios iba a decirle algo así?

—Porque estás enamorado de ella —afirmó Brice.

Logan casi se atraganta con el sorbo de champán que tenía en la boca.

— ¿Qué?

—Que estás enamorado de Darcy —repitió Brice con total calma —. Y debo decir que tienes buen gusto. Siempre pensé que, si alguna vez te enamorabas, cosa que empezaba a dudar que pudiera ocurrir, sería de alguien totalmente inadecuado. Pero Darcy es sencilla, encantadora, atractiva y tiene un gran sentido del humor.

— ¡No estoy enamorado de ella! —dijo Logan—. Sabía que tu vena artística te daba un cierto toque romántico, pero jamás pensé que te provocara alucinaciones.

Su primo levantó una ceja.

—Y no me las provoca.

—Entonces será el champán —insistió Logan.

—Tampoco es el champán. Logan, ¿es que piensas seguir siendo un idiota durante el resto de tu vida?

—No era consciente de serlo.

—Pues aún lo serás más si dejas que se te escape —le advirtió Brice.

—Creo que no se va a ir muy lejos. Dentro de dos semanas se convertirá en mi hermanastra.

—Y crees que me vas a convencer de que te basta con eso. ¡Pues no! Es demasiado claro lo que sientes. Te sienta mal que la tome del brazo o que baile con ella.

El maldito Brice era demasiado observador. Era cierto que no le había gustado nada de aquello. Pero de ahí a decir que estaba enamorado de Darcy era demasiado. Solo se conocían desde hacía un par de semanas y habían sido los suyos encuentros tempestuosos. Lo único que le sucedía era que Darcy despertaba su instinto de protección.

—Si os observaba era solo porque me estaba preguntando cuándo te daría la primera patada —le aseguró Logan.

Brice sonrió.

—No lo hará —dijo Brice con una sonrisa.

— ¿Cómo lo sabes?

—De verdad espero que no sea demasiado tarde cuando te despiertes y veas lo que pasa.

Logan lo miró fijamente.

— ¿Qué quieres decir?

—Darcy es todo lo que te he dicho y más, y te aseguro que no vamos a ser los únicos hombres que lo noten.

A Logan no le gustaba estar hablando de Darcy así con Brice, pero eso no significaba que la amara. Sencillamente, no le gustaba verla herida.

— ¿Por qué no le pides que baile contigo? —le dijo Brice al ver que se acababa la música y que Darcy y su padre salían de la pista y se encaminaban hacia Margaret.

Logan se preguntó por qué no lo hacía.

— ¿Te da miedo?

— ¿Qué es esto, una táctica de psicología inversa, para hacer que corra ahora a pedirle a Darcy que baile conmigo y probarte lo contrario?

A Brice no le afectó su comentario.

—Solo me preguntaba cómo es que todavía no has bailado con tu futura hermanastra.

—Seguramente por lo pesadito que tú te has puesto con todo esto.

—Y seguiré siéndolo hasta que le pidas que baile contigo.

Logan miró a su primo.

— ¿Por qué es tan importante para ti?

Brice se rio.

—No es importante para mí, sino para ti. Baila como un ángel y

al mismo tiempo es tan sensual… ¿Te pasa algo, Logan? —dijo Brice al notar que su primo se atragantaba—. ¡Vaya! Muy tarde —le informó Brice, mientras miraba a Darcy que estaba al otro lado del salón—. El abuelo se te ha adelantado.

Logan se volvió justo a tiempo para ver a su abuelo guiándola hacia la pista de baile.

A sus ochenta años, con el pelo ligeramente gris, el anciano lucía tremen-damente atractivo con aquel traje negro y una impoluta camisa blanca. Se movía al ritmo del vals con una precisión y agilidad dignas de un joven.

Los dos parecían charlar amigablemente mientras bailaban y Logan no pudo sino preguntarse de qué trataría su conversación.

Fuera lo que fuera era patente que disfrutaban de su mutua compañía. Cuando la música paró, el anciano acompañó galantemente a Darcy a que se reencontrara con Margaret y con su padre.

—Seguramente ese viejo diablo estará divirtiéndose de verdad —dijo Brice con una carcajada.

—Probablemente —reconoció Logan—. Y creo que nos lo va a contar de viva voz, porque viene para aquí.

— ¿Qué demonios os pasa a los jóvenes? —los atacó su abuelo nada más llegar—. Hay un montón de mujeres hermosas y, en lugar de bailar, estáis aquí escondidos como dos idiotas.

—No estamos escondidos, abuelo —respondió Logan.

—Tampoco estáis bailando —dijo el viejo Hugh—. De hecho a ti, Logan, no te he visto bailar ni una sola vez. ¿Es que los invitados son demasiado provincianos para ti?

—No. Además la mayoría son de Londres.

—Una chica guapa —dijo Hugh.

— ¿Quién, Darcy? —preguntó Brice con fingida inocencia.

—Tiene un nombre un poco raro, pero la chica es extraordinaria. Supongo que Margaret y su padre querrán casarla bien. Y lo cierto es que ya es ho-ra de que alguno os decidáis a pasar por la vicaría y me deis un bisnieto.

— ¡No, por favor! ¡Tú también! —protestó Logan, dejando el vaso vacío sobre la mesa—. Si me disculpáis —dijo él alejándose de inmediato.

— ¿Qué he dicho? —le preguntó Hugh a Brice.

Logan se alejó a toda prisa y no pudo oír la respuesta de su primo. Atravesó la habitación y se aproximó a Darcy, que estaba hablando con un joven actor que le habían presentado hacía un rato.

— ¿Quieres bailar conmigo? —le preguntó Logan tensamente.

Ella se volvió hacia él con una sonrisa que se desvaneció en cuanto vio su gesto agrio.

— ¿Estás seguro de que quieres bailar conmigo? —preguntó ella extrañada.

La respuesta sincera habría sido «no». Porque no quería bailar con ella, sino hacerle el amor. Pero suponía que, dada la imposibilidad del caso, debería conformarse con bailar.

—Completamente seguro —le confirmó él.

Ella frunció el ceño desconcertada por su estado de ánimo. Logan era consciente de su desagradable humor, estaba irritable.

—Quizás ya hayas bailado bastante por esta noche y prefieras salir al jardín a dar un paseo —le propuso bruscamente. Pero al oír su propia frase tensa y desagradable concluyó que no podía querer pasear con alguien que tenía un talante tan frustrado y furioso como el suyo. Trató de rectificar—. Lo voy a intentar otra vez: ¿te gustaría salir a dar un paseo conmigo a respirar un poco de aire fresco?

Ella sonrió tímidamente.

—Gracias, Logan. Sí que me gustaría —respondió.

Él le tendió el brazo para que se agarrara y miró al joven actor con un gesto triunfal. Se encaminaron hacia el jardín.

Hacía una espléndida noche y la luna brillaba con toda su intensidad. Los sonidos de los animales nocturnos lo llenaban todo.

—Este es un lugar precioso —murmuró Darcy.

Los rayos de luz se reflejaban sobre su vestido dándole un tono plateado y un aire etéreo.

Darcy se volvió y lo vio mirándola hipnotizado.

— ¿Qué te sucede, Logan?

Logan no se pudo resistir más a lo que su instinto le dictaba.

La tomó en sus brazos y atrapó su boca con labios hambrientos.

Un placer perfecto, el único momento de paz que había sentido desde la última vez que la había besado.

No quería que aquello acabara de nuevo, quería sentirse

eternamente así.

— ¡Ya! —dijo ella apartándose bruscamente—. ¡No podemos hacer esto!

Él se quedó desconcertado por un momento.

—No voy a hacerte daño, Darcy, jamás te haría daño.

—Entonces, suéltame.

—Vente conmigo arriba, a una de las habitaciones...

— ¡No! —ella se liberó de sus brazos—. ¡No, Logan!

Darcy se dio la vuelta y salió corriendo en dirección al salón.

Logan se quedó allí de pie, desconcertado durante varios segundos.

¿Qué había hecho? ¿Cómo se había atrevido a decir lo que había dicho, a proponerle lo que le había propuesto?

Se volvió bruscamente al sentir que tenía alguien detrás. Pero no era Darcy, como él había esperado, sino Brice.

—Darcy ha entrado hecha una hidra en el salón —le informó su primo—. Así que he venido a comprobar que no te había partido la nariz.

No, no le había partido la nariz, pero había hecho algo mucho peor que eso: lo había rechazado.

¿Cómo le había podido hacer aquello? ¿Cómo se había atrevido a besarla, a proponerle que se fueran a una habitación juntos, cuando Francesca estaba allí mismo, en la fiesta?

Siempre había sabido que Logan era un arrogante, que no creía en el amor ni en el matrimonio. Pero de ahí a lo que había hecho iba mucho. ¡Y en la casa de su abuelo!

No podía quedarse y esperar a que Logan regresara de nuevo a la fiesta. No se sentía capaz de enfrentarse a él.

Pero tampoco quería perturbar a su padre ni a Margaret retirándose antes de tiempo.

Por suerte, Hugh McDonald vino a rescatarla, anunciando que eran las doce de la noche y que, tras un baile con la muchacha más hermosa del salón, quería que todo el mundo se fuera a sus casas.

Por desgracia, el rescate fue algo incompleto, pues la eligió a ella como pareja y la invitó a bailar.

—Sonríe —le dijo el viejo en cuanto estuvieron en la pista—. Jamás dejes que un McDonald se dé cuenta de que te ha afectado lo que ha hecho.

Darcy lo miró sorprendida.

— ¿Un McDonald?

—La madre de Logan se casó con un McKenzie, pero él sigue siendo un McDonald, con un claro defecto de los McDonald: somos un poco «lentos» con los asuntos amorosos. Mi mujer tuvo que darme con una sartén en la cabeza para que me diera cuenta de que la amaba.

Darcy se rio levemente.

—Esa sería sin duda una historia que me gustaría oír —aunque sabía que no era una caso aplicable a Logan.

—Tú ya has intentado eso, ¿verdad? —preguntó el viejo—. Siempre se ha comportado como un necio con las mujeres. Si yo tuviera cuarenta años menos, seguramente te pediría que te casaras conmigo.

—Si los tuviera, seguramente le diría que sí.

Hugh sonrió ante su respuesta y ambos dejaron de bailar con el final de la música. Darcy notó el parecido que tenía con su nieto.

—Eres una refrescante aportación a esta familia —la besó en la mejilla—. Espero que nos volvamos a encontrar pronto.

Ansiosa por huir de allí, se apresuró a salir de la pista, con tan mala suerte que se encontró con Logan. Él la miró fijamente desde la distancia, con los ojos llenos de ira.

¿Estaba enfadado? Pero, ¿con qué derecho? Él no había sido acosado por un hombre cuya novia estaba allí mismo, en el baile.

—Mi padre es maravilloso, ¿verdad? —Margaret captó su atención acercándose a ella.

—Sí, lo es —asintió Darcy con total sinceridad, aliviada de tener un entretenimiento que la apartara de la inquisitorial y fría mirada de Logan.

—Daniel y yo nos vamos a tomar una copa en la biblioteca antes de retirarnos. ¿Quieres venir?

Darcy negó con la cabeza.

—Ha sido una noche maravillosa, pero estoy realmente cansada —dijo—. ¿Por qué no se lo preguntas a Logan? Me parece que necesita una copa.

No se quedó a comprobar si seguían su sugerencia o no. Lo único que quería era salir de allí cuanto antes, y poder recogerse en la intimidad de su dormitorio.

Pero al llegar al pasillo principal se encontró con cuatro posibles caminos. No sabía cuál era el que llevaba a la torre norte donde se encontraba su alcoba.

— ¿Estás esperando a que Brice aparezca y te ofrezca acompañarte hasta su dormitorio? —dijo desde atrás una voz demasiado conocida.

Darcy se tensó.

¿Qué quería aquel hombre de ella? ¿Por quién la había tomado? ¿De verdad que la creía capaz de acostarse con él mientras su novia estaba allí?

—Solo trato de averiguar qué escalera es la que lleva a la torre norte —le dijo secamente.

—Es fácil —dijo él con un desagradable tono de autosuficiencia —. Esa es la escalera norte, esa la este, esa la sur…

—Entendido, Logan —lo interrumpió—. Perdóname por no haber sido nunca un boyscout.

Se volvió rápidamente, antes de que Logan pudiera ver las lágrimas que descendían por sus mejillas.

—Darcy…

— ¡Logan! Cómo me alegro de haberte encontrado. Te he buscado por todas partes.

La voz de Francesca Darwin le resultó a Darcy fácilmente reconocible. Corrió escaleras arriba con las piernas temblorosas.

—Pues estoy aquí —respondió Logan con dureza.

Darcy logró llegar al piso de arriba antes de que las fuerzas le flaquearan por completo. Se apoyó en la pared y dejó fluir su llanto.

Se quedó allí, incapaz de moverse, de ir a ningún lado.

—Solo quería decirte que ha sido un placer conocerte —le oyó decir a Francesca—. Ha sido una velada encantadora.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien —respondió Logan sin comprometerse.

Darcy se quedó desconcertada. ¿Qué quería decir con que había sido un placer «conocerlo»?

—Quizás nos volvamos a ver —dijo la mujer.

—Quizás —respondió él claramente impaciente.

Darcy dejó de escuchar la conversación. Recorrió el pasillo hasta su dormitorio. Entró, encendió la luz y cerró la puerta.

No entendía nada. Había pensado que Francesca Darwin era la

acompañante de Logan. Pero, por lo que acababa de oír, no era así. Estaba confundida.

Si no estaba allí con ella, no estaba con nadie.

Entonces, ¿quién era la mujer de su vida?

Quizás dicha mujer no existiera. Había asumido que sí por que alguien lo había instado a cambiar de opinión respecto a la boda.

Pero, si no había otra mujer, ¿quién lo había convencido?

Capítulo 13

POR QUÉ esa tal Francesca no paraba de hablar de una vez y desaparecía? No estaba interesado en ella.

Lo único que le importaba era Darcy y lo triste que la había notado solo segundos antes. Sabía que la causa había sido su comportamiento con ella. Pero no había podido evitarlo.

Y todo porque estaba enamorado de ella.

Sí, enamorado. Se había dado cuenta cuando se había marchado y lo había dejado solo en el jardín. Ante su rechazo, toda su vida había perdido sentido.

Era una emoción que nunca había creído llegaría a sentir por una mujer.

Lo aterraba.

El amor era tal y como se lo había imaginado: le provocaba pánico y lo debilitaba pues, de pronto, la felicidad dependía única y exclusivamente de la otra persona.

Pero también era excitante, vital, inquietante. Y, por primera vez en su vida Logan se sentía completo, como si hubiera encontrado a su otra mitad.

Y no eran sentimientos que pudiera controlar.

Pero no podía confesar lo que abrigaba su corazón, porque sabía que ella no lo amaba a él.

—Cuídala —le dijo a Daniel.

—Ten por seguro que lo haré —respondió el hombre—. Confía en mí.

Algo le decía a Logan que podía hacerlo.

Salió del estudio y se quedó unos minutos fuera tratando de decidir qué hacer. Finalmente, se encaminó hacia la torre norte, al dormitorio de Darcy, y llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Debía de haberse dormido ya.

Lo que quería decirle tendría que esperar hasta el día siguiente. ¿Qué más daba? Había esperado treinta y cinco años, una noche más, aunque fuera de insomnio no iba a matarlo.

Pero al llegar a la torre sur, donde se hallaba su habitación, se topó inesperadamente con Darcy que se dirigía hacia él, todavía

vestida de fiesta.

+ + +

Si se atrevía a hacerle algún comentario desagradable sobre por qué estaba allí…

—Darcy —dijo él suavemente—. ¿Te has perdido?

No sonó ni rudo ni sarcástico.

Pero eso no era garantía de que no fuera a serlo de un momento a otro.

— ¿Quieres que te indique el camino? —le ofreció amablemente.

Darcy continuaba mirándolo desconfiada.

—Bueno, la verdad… Es que Margaret me había ofrecido que me uniera a ellos para tomar algo y, como no podía dormir, había pensado que no sería mala idea.

Era una cobarde. Además, era una mala excusa, pues era patente que no podía encontrar la biblioteca en la torre sur. Pero todo valor la había abandonado al verlo aparecer.

—Acabo de estar con ellos —dijo Logan—. Y, sinceramente, creo que les apetece estar un rato solos.

—Claro —se ruborizó ella—. Qué tonta soy.

— ¿Qué te parece si nos vamos al cuarto de estar y nos tomamos algo tú y yo? —le ofreció él.

Darcy dudó. Había ido hasta allí para darle una explicación sobre su comportamiento en el jardín y sobre la confusión con Francesca. Pero al tenerlo delante se había acobardado. No obstante, seguía debiéndole una explicación.

—De acuerdo —aceptó ella.

El cuarto de estar era la habitación menos formal de las que había visitado. Había libros y fotos familiares por todos lados, seguramente algunas de Logan cuando era pequeño. A Darcy le habría gustado haber podido gozar del privilegio de verlas.

—Toma —Logan le dio una copa de brandy.

Ella dio un sorbo y se sintió más capaz de hacer lo que había ido a hacer.

—Logan…

—Vamos a sentarnos —dijo él.

Darcy se sintió desconcertada. Por supuesto lo estaba siempre que lo tenía cerca, pero era su estado de ánimo lo que la despistaba.

Logan tenía la mirada fija en su copa.

—Supongo que te gustará saber que he hecho las paces con mi madre —le dijo.

— ¿Sí? —dijo ella emocionada y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Eso es fantástico.

—Lo es —asintió él y alzó el rostro—. Ahora me gustaría hacer las paces contigo.

Darcy lo miró confusa.

— ¿Conmigo?

Él suspiró y asintió.

—Si te he asustando o molestado antes, en el jardín…

—No, no me has asustado —le aseguró ella.

— ¿No? —la miró con una sonrisa—. En cualquier caso, he hecho algo incorrecto y te debo una disculpa. Insisto en que no quería ni asustarte ni molestarte.

De pronto, las campanadas del gran reloj de la sala resonaron en el silencio del castillo. Darcy se dio cuenta de que era su turno de responder.

—No has hecho nada de eso —dijo ella—. Yo pensaba que Francesca era… Bueno creí que estaba contigo aquí, en el castillo.

Logan la miró sin comprender plenamente lo que le decía.

— ¿Por qué pensaste algo así?

Darcy se levantó y comenzó a moverse de un lado a otro.

—Estaba contigo cuando Brice y yo nos unimos a ti y se sentó a tu lado en la cena. Además, tu cambio de opinión respecto a ser testigo vino después de aquella comida… —Logan la miraba tratando de encontrarle algún sentido a sus palabras—. Era obvio que la persona con la que comiste después de nuestro enfrentamiento te había ayudado a cambiar tu actitud.

—Es cierto, alguien me ayudó —dijo él—. ¿Y tú pensaste que era una mujer?

—Sí. ¿Acaso no lo era?

Logan negó con la cabeza.

—Fue Fergus, aunque una mujer fue la causa principal de mi cambio de opinión —dijo él.

Darcy suspiró levemente.
—Era de imaginar.
Logan dejó su brandy sobre la mesa.
—Esa mujer fuiste tú.
Ella lo miró sorprendida.
— ¿Yo?
El suspiró.
—Fergus y Brice iban a asistir a la boda. Son dos hombres increíblemente atractivos para las mujeres, unos seductores natos y tú...
— ¿Yo qué, Logan?
Él respiró profundamente.
—Darcy, ¿qué estabas haciendo realmente en la torre sur cuando nos hemos encontrado?
—Te estaba buscando a ti —admitió ella—. Había oído a Francesca hablando contigo y me había dado cuenta del terrible error que había cometido. Necesitaba decírtelo.
— ¿Por qué?
— ¿Por qué crees tú, Logan? —dijo ella—. Pero dime lo que ibas a decir. ¿Yo qué?
Él pareció tener que librar una batalla interior antes de decidirse a hablar. Finalmente, sonrió.
—Que eres inteligente, divertida, guapa, encantadora, sensual...
—Logan...
—Así que decidí que tenía que ir a la boda para evitar que mis primos me robaran a la mujer a la que amaba —dijo él finalmente.
Darcy lo miró fijamente, perdida, convencida de que no podía haber oído bien.
—Te he sorprendido, ¿verdad? —dijo él.
Ella dudó.
— ¿Realmente me amas? —le preguntó con el corazón acelerado.
—Sí —le confirmó él—. No puedo imaginarme nada más maravilloso que despertarme a tu lado cada día durante el resto de mi vida, reírme contigo, llorar si es necesario. Ni siquiera me importaría que de vez en cuando me derramaras un recipiente lleno de huevos batidos por la cabeza.
Darcy seguía mirándolo incrédula.

— ¿Tú sabías que tu abuela tuvo que darle a tu abuelo con una sartén en la cabeza para que se diera cuenta de que la amaba?

Él la miró perplejo.

— ¿Mi dulce y refinada abuela?

Darcy asintió.

—Al parecer sí.

—Y funcionó, porque estuvieron felizmente casados durante cincuenta años —respondió él. De pronto pareció reparar en algo—. Darcy, ¿me estás queriendo decir que me hiciste todas esas cosas porque me amabas?

Ella se rio.

—No exactamente, porque entonces no era consciente de que esa era la razón que me movía a portarme así contigo —se aproximó a él—. Pero tengo que admitir que estoy realmente enamorada de ti.

—Darcy Simon, ¿quieres casarte conmigo?

Ella respiró profundamente.

— ¿Matrimonio? ¿No quieres primero acostumbrarte a la idea de estar enamorado?

—Para nada. Espero no acostumbrarme jamás a este sentimiento. Es maravilloso, excitante —la rodeó con sus brazos y la besó suavemente, hasta que la pasión fue tomando el relevo.

Darcy perdió conciencia del tiempo y se dejó llevar por la agradable sensación de sus besos y sus caricias.

—Creo que me enamoré de ti aquel primer día que te vi en mi oficina —admitió Logan.

—No me lo puedo creer. ¡Si yo no hacía más que llorar! Estaba horrorosa.

Logan se rio.

—Tus lágrimas y tu sonrisa son lo que te hace tan humana. ¿Te casarás conmigo?

— ¡Sí, claro que sí! —respondió ella.

— ¿Pronto?

—Muy pronto —dijo ella, sabiendo que era lo que más deseaba en el mundo—. Todavía no me puedo creer todo esto. ¡Te prometo que no volveré a darte una patada en la espinilla!

—No prometas cosas que no puedes cumplir mi amor —se rio Logan—. Estoy seguro de que de vez en cuando haré cosas que te

molestarán y tú reaccionarás instintivamente. Eso es precisamente lo que me encanta de ti, tu espontaneidad. No me extrañaría que me dieras gemelos o trillizos solo como un acto de rebeldía.

¡Era una maravillosa idea!

La verdad era que el futuro con Logan prometía muchas cosas maravillosas…

«Fin».